
5325
EL TEATRO
MODERNO
M. SOTO
LEANDRO NAVARRO
Y
JOSE M. MORIS
He encontrado una hija



# HE ENCONTRADO UNA HIJA




Leandro

J. Navarro y José M. Moris

# HE ENCONTRADO UNA HIJA

COMEDIA EN TRES ACTOS

estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, el día 10 de marzo de 1931.

AÑO VII 21 - III - 1931 NÚM 287

## REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| *María* ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | María Teresa Montoya. |
| *Isabel* ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | Pilar Mata. |
| *Carmita* ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | Teresita Fárvaro. |
| *Doncella* ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | Enriqueta Fárvaro. |
| *La Guardesa* ... ... ... ... ... ... ... ... | Adriana Robles. |
| *Don Jorge* ... ... ... ... ... ... ... ... ... | Carlos M. Baena. |
| *Don Pedro* ... ... ... ... ... ... ... ... | Julio César Rodríguez. |
| *Carlos* ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | Ricardo Mondragón. |
| *Juan Manuel* ... ... ... ... ... ... ... ... | Jorge Mondragón. |
| *Manuel* ... ... ... ... ... ... ... ... ... | Domínguez Luna. |

Dedicatoria:

A MARIA TERESA MONTOYA

Los Autores

## ACTO PRIMERO

*Hall* en casa de los señores de Escoriaza. Puerta lateral; cristalera, al foro, y tras ella, forillo de jardín.

*(Al levantarse el telón estarán en escena don Jorge y Juan Manuel. Don Jorge es un hombre de unos cincuenta y cinco años, de aspecto venerable, y Juan Manuel no representa más de veinte años, de porte distinguido.)*

JORGE Bien, muchacho, bien. ¿De modo que tu padre te ha enviado aquí a pasar una temporada?

J. MAN. Sí, señor. Estoy con tía Ascensión en la quinta «El Romeral».

JORGE El año pasado estuviste en la del Sotillo, si no recuerdo mal.

J. MAN. Sí; pero este año papá compró la quinta del Romeral, y me manda a pasar una temporada en ella.

JORGE ¡Ah!, pero ¿la finca es vuestra? No lo sabía. Te felicito. Es una finca hermosa y muy barata. Sé que pedían por ella unos veinte mil duros; el terreno lo vale.

J. MAN. En algo menos la adquirió mi padre.

JORGE Me alegro que seáis vosotros los compradores... Bien, muchacho, bien. Me alegra mucho el verte. ¿Tú acabaste ya tu carrera?

J. MAN. Este año pienso terminarla. Precisamente me han mandado aquí para que no me distraiga y estudie de firme. En Madrid se pasan los meses demasiado de prisa.

JORGE Ahora es la época de luchar para después recoger el fruto. Me gustaría ver la finca. Cualquier día iré a verte.

J. MAN. ¿Por qué no viene usted ahora? Estoy deseando que la vea usted. Es usted un gran aficionado a

la agricultura, y podría darme algunos consejo bastante útiles. Es preciso que explotemos bie el terreno. Anímese y venga conmigo. En die minutos estamos allí.

JORGE Cuando tú quieras estoy dispuesto a acompañarte

PEDRO *(Entrando. Es un hombre de unos cincuenta años muy correcto y muy simpático.)* Hombre, Jua Manuel, ¡qué sorpresa!... ¿Tú por aquí? Much me place el verte. ¿Cómo estás? ¿Y en tu casa y tus padres?

J. MAN. Todos bien. Y a usted no hay que preguntarle

PEDRO ¿No me encuentras más viejo?

J. MAN. Al contrario, más joven

PEDRO Gracias, hombre; gracias. ¿Qué es de tu vida

J. MAN. Ya ve usted, me han mandado aquí a estudiar.

PEDRO ¡Ah! Eso está bien; castigado. ¿Qué hacía cuando entré? Estabas, como si lo viera, reci biendo consejos de mi querido hermano. ¿No e así?

J. MAN. Así es, sí, señor.

PEDRO Pues no le hagas mucho caso. Estos hombre de ciencia son una calamidad dando consejos.

JORGE En cambio, estos hombres de mundo... Porqu tú eres un hombre de mundo...

PEDRO De mundillo nada más.

JORGE Egoistón, solterón recalcitrante. ¿No te da ver güenza ser un parásito de la humanidad?

PEDRO Ya me estás desacreditando. ¡Parásito!... Yo, qu le pago al sastre facturas de dos o tres mil pe setas; yo, que trabajo con los cinco sentidos...

JORGE ¿Que tú trabajas?... ¿En qué? Que lo sepa mos. ¿En qué trabajas tú?

PEDRO ¡Ah!, ese es mi secreto; no puedo confesarlo He jurado guardar el secreto, porque es un secret profesional.

JORGE Más te valdría imitarme; no estás ya para roda por esos mundos; llevas una vida impropia de tu años y de tus achaques. No le imites en nada Juan Manuel; no le imites en nada.

PEDRO ¡Señor, qué afán de desacreditarme! Puede imi tarme el muchacho en cuanto le parezca. ¡Qu vida más sana que la mía! Me divierto, pero or

denadamente ; no como tú, que tienes dos años más que yo y estás hecho un anciano : tanto estudiar, tanto cavilar... Haces siempre una vida sedentaria. Claro, así engordas. Tu mujer sabe que eres goloso, y venga a complacerte en la mesa : todos los días natillas, pastelillos, chantilly... Me tenéis empalagado ; sí, señor, empalagado.

J. MAN. Usted todo lo toma a broma. Le envidio, don Pedro. Así hay que hacer para llegar a viejo.

JORGE ¡ Egoísta !

J. MAN. Quizá.

PEDRO Egoísta, no ; consecuente. En más de una ocasión he estado al borde de hacer un disparate ; por ejemplo, casarme ; pero el que reflexiona no se casa. Y eso que, contemplando la felicidad de este matrimonio, casi casi se arrepiente uno de no haberse casado.

J. MAN. Verdaderamente ; mi padre los pone siempre de ejemplo.

JORGE Gracias a Dios, nos llevamos bien ; y eso que dice la gente que los hijos son los que unen los matrimonios. Nosotros no los hemos tenido, y, sin embargo...

PEDRO Bien te hubiera gustado.

JORGE En efecto ; muchas veces tuve envidia de otros hombres que se sentían rodeados en su casa por las caricias de sus hijos. Más lo he sentido siempre por María. Ella tiene un espíritu tan maternal... Hubiese sido una madre modelo.

PEDRO La mayor tragedia que me podía haber ocurrido a mí : tener un hijo ; estoy seguro que no le querría.

JORGE Tú no concibes más cariños que los que tú sientes, y hasta ahora no te he visto querer a nadie más que a ti mismo. Anda, anda, acompáñanos. Nos disponíamos a visitar la finca «El Romeral» ; la ha comprado el padre de Juan Manuel. Ven con nosotros.

PEDRO Id vosotros ; en seguida os alcanzo ; lo que tarde en ponerme el sombrero y los guantes.

JORGE Pero vamos a ver, ¿qué necesidad tienes de los

guantes ni del sombrero para andar por el pueblo? Sobre todo, eso de los guantes es que me indigna. ¿No ves que yo no los llevo?

PEDRO Esa no es una razón. Tú te has casado, y yo, en cambio, permanezco soltero: ¿qué necesidad tenías tú de tener mujer? ¿No ves que yo no la tengo? ¡Desengáñate! El lujo de los guantes es mucho más económico, y a veces visten más que una esposa, y, sobre todo, siempre se evitan contactos molestos. Pero no quiero discutir contigo.

JORGE Ni yo contigo. Allá vamos nosotros. Hasta ahora.

PEDRO Os alcanzo, os alcanzo. *(Salen don Jorge y Juan Manuel. Pedro toca un timbre y entra una doncella.)*

DONC. ¿Llamaba el señor?

PEDRO Sí. Los guantes, el sombrero y... nada más.

DONC. Al instante, señor. *(Sale.)*

PEDRO Está bien esta chica.

DONC. *(Entrando.)* Señor, los guantes y el sombrero.

PEDRO Gracias, Matilde. Tú y yo tenemos que hablar de un asunto muy serio; pero muy serio, ¿eh?

DONC. Sí, señor, muy serio.

PEDRO Naturalmente que muy serio; porque tú eres una cosa muy seria. Me parece que han llamado. Ve a abrir, Matilde. Y hasta luego. *(Don Pedro sale silbando, poniéndose los guantes. Matilde hace mutis y vuelve a entrar, acompañada de Carlos.)* Pase usted, tenga la bondad. El señor acaba de salir.

CARL. *(Hombre de unos cuarenta años, correcto y elegante.)* ¿Y la señora, no ha salido?

DONC. No; la señora creo que está en la casa.

CARL. Perfectamente. Dígale entonces a la señora que está aquí el señor Sandoval, que desea saludarla.

DONC. Tenga la bondad de esperar un instante. *(Hace mutis. Carlos, solo, se pasea nervioso por la escena, y entra María.)*

MARIA ¡Carlos! *(Con extrañeza.)* ¡Qué extraño! ¡Tú por esta casa!

CARL. Para tu marido está siempre justificado. ¿Cómo sigues, María?

MARIA Bien. Pero explícame, ¿a qué se debe tu visita?

CARL. Vengo buscando a una madre que se me ha perdido y no sé dónde la encontraré. Supongo que aquí.

MARIA ¿Una madre?

CARL. He venido en automóvil. En el coche me aguardan el chofer y... Carmen.

MARIA ¿Qué dices? Es posible? ¿Has dicho que en el coche está Carmen?

CARL. Siéntate, María; invítame a sentarme. Tranquilízate; ante todo, tranquilízate. Nada puede comprometerte. Verás, María... Estoy harto de rodar por el mundo, y he decidido estabilizar mi posición: he determinado casarme.

MARIA ¿Casarte?

CARL. ¿No lo hiciste tú? ¿Qué de particular tiene que yo lo haga también?

MARIA ¿Quién, sino tú, ha sido el culpable de todos mis errores?

CARL. No es este el momento de que empecemos a reprocharnos. Han pasado ya muchos años. Mejor será que hablemos, para ponernos de acuerdo en algo práctico para los dos, que para discutir. He encontrado una mujer que asegurará mi porvenir.

MARIA ¿Una mujer rica?

CARL. Precisamente.

MARIA Me parece muy bien; ya sabes que todo lo que hagas me parece muy bien.

CARL. En estos últimos tiempos me han ido muy mal los negocios; estoy al borde de la ruina.

MARIA Perfectamente; pero comprenderás que todas esas cosas a estas alturas no son interesantes para mí. A mí me interesa una cosa, una sola cosa: Carmen. ¿Me has dicho que la has traído, que espera en el coche? ¿Has tenido el valor de traerla?

CARL. Naturalmente. He pensado que los hijos nunca están mejor que al lado de sus padres, y como conmigo ya no podía seguir, he tenido que inventar una solución para que, en lo sucesivo, viva en esta casa.

MARIA ¿Para que viva aquí? Tú estás loco, Carlos. Esa ha sido la ilusión de toda mi vida ; sin embargo, tú sabes de sobra que esto no puede ser. ¿Por qué me lo propones? ¿Por qué tratas de hacerme concebir esa esperanza? Habla claro, hacla claro, Carlos, te suplico.

CARL. Y tú habla más bajo, yo también te lo suplico. He encontrado una solución. María, tú y yo vivimos muy lejos el uno del otro y, claro, es, nada sabemos de nuestras cosas. Tu marido es muy bueno, pero sus estudios, su ciencia le han apartado un poco de la realidad de la vida. Conozco perfectamente a Jorge ; es hombre de otro tiempo ; su rectitud, su caballerosidad, ante todo. Y, claro, como le conozco, sé que no va a rechazar lo que, aun a pesar tuyo, vengo decidido a proponerle.

MARIA Bueno, perfectamente ; luego hablaremos de eso. Ahora dime, háblame de Carmen ; hace más de seis meses que no he podido verla por culpa tuya.

CARL. Por culpa mía, no ; sabes que en otras ocasiones yo mismo te he facilitado el que la vieses ; no he encontrado la ocasión propicia hasta hoy. Al morir mi madre, Carmita quedó en el pueblo con mis hermanas una temporada. Claro, ellas la quieren mucho ; pero es ley de vida ; Consuelo se va a casar también ; Isabel sigue más delicada cada día ; y Carmita ya es casi una mujer. Es preciso que pensemos en su educación ; es más grave y más serio este problema de lo que parece.

MARIA Somos unos infames, unos cobardes ; no tenemos derecho a la felicidad. Por supuesto, yo no he sido feliz nunca ; lo que no me perdono es esta cobardía de haber callado siempre. Hasta la bondad y el cariño de Jorge son un reproche ; debí confesárselo todo.

CARL. Pero bueno. ¿Para qué hablar ahora de lo irremediable? Mira, María, yo sé que tu marido me estima mucho ; no en balde era íntimo amigo de mi padre. Si tú me ayudas, podemos convencerle.

Le expondré mi proyecto de matrimonio ; a continuación le diré que en mi pasado hay oculta una historia sentimental ; le pediré que, por una temporada, viva entre vosotros una hija mía, fruto de un amor de otro tiempo, y al final lograremos convencerle, con más facilidad si cuento desde ahora con tu aprobación.

MARIA Sigue, sigue.

CARL. Si tú te lo propones, tu hija puede vivir siempre a tu lado, sin que nadie pretenda robarte su cariño, y sin que nadie pueda tampoco censurar el que la quieras mucho. Ahora contéstame con franqueza : ¿Qué te parece mi proyecto?

MARIA En este momento no sabría responderte. Ahora vuelvo a repetirte que un solo sentimiento domina a los demás. Quiero ver a Carmen, ¿entiendes?, quiero verla cuanto antes.

CARL. Ten un poco de calma ; una precipitación podría estropearlo todo. Carmen está más guapa, muy sana y muy fuerte, y deseando verte a ti también. Pero aun es pronto ; ahora es preciso que decidamos esto que estoy hablando.

MARIA Perfectamente ; continúa ; termina de decir.

CARL. Es preciso que seas razonable. A ti la vida te ofrece comodidades, lujos. Vuestro matrimonio sin hijos y rodeado de confort tiene una gran estabilidad. No creo que a tu marido pueda extrañarle ni sorprenderle el que tú pongas ilusión en admitir aquí a mi hija ; él te ha concedido siempre todos los caprichos. ¿Por qué te va a negar ahora éste? He pensado en ello muchas veces... Sin embargo, antes, Carmen era demasiado niña ; podía, con su espontaneidad, haberlo echado a perder todo. Ahora es distinto ; la traigo bien aleccionada.

MARIA ¿Y me pides que sea yo quien lo decida? Eres injusto en todo. Te presentas de improviso, y en dos minutos me expones todo tu plan concebido, premeditado, y ahora quieres valerte de mi sorpresa, de mi ilusión por tener a mi lado a mi hija, para que yo te ayude, para que yo me haga cómplice de un engaño más...

CARL. ¡Con tu ayuda o sin ella, yo vengo decidido!... *(Entran don Pedro y don Jorge.)*

PEDRO ¡Caramba, querido Carlitos! ¡Dichosos los ojos que te ven!

CARL. ¡Perico!... ¡Jorge!...

JORGE Carlitos...

CARL. Te felicito; no pasan los años por ti... Y de ti no digamos...

JORGE Bien, bien, hombre, bien; no esperaba yo una sorpresa tan agradable por mi casa.

CARL. Discúlpame mi tardanza, pero infinidad de cosas me obligan a olvidar en apariencia a mis buenos amigos; pero en apariencia nada más, que, de tarde en tarde, nunca falta un momento para venir a veros.

JORGE Algo querrás de mí. Por supuesto, no te dejamos ir de rositas: almuerzas con nosotros.

MARIA En ese caso voy a dar órdenes. Con vuestro permiso...

JORGE Ven aquí, mujer. ¡Qué prisa! Tiempo hay de dar órdenes. Esta criatura no para quieta un instante.

MARIA Luego entraré.

JORGE Bueno, bueno, mujer; ve a tus quehaceres, y procura preparar una comida digna de tal huésped.

MARIA Descuida. Hasta ahora.

CARL. A tus pies, María. *(A Jorge.)* Tengo que hablar contigo.

PEDRO Bien, hombre, bien. Puesto que vosotros tenéis que hablar de asuntos particulares, yo, mientras tanto, voy a despachar mi correspondencia. Hasta luego, Carlitos; mucho gusto en saludarte. ¿Tu familia, bien?

CARL. Contigo no tengo secretos; no es preciso que te marches.

PEDRO Ya lo sé; claro que no los tienes; por eso me retiro; como los secretos serán con mi hermano, te dejo con él. Hasta luego. *(Mutis.)*

CARL. Hasta luego.

JORGE Bueno, muchacho; por lo visto ha acertado mi hermano.

CARL. Sí; no se ha engañado en suponer que deseaba

hablar a solas contigo. Vengo a poner en tus manos mi tranquilidad; vengo a pedirte un gran favor.

JORGE Habla ya; me asustas; pide por esa boca, que si de mí depende, concedido lo tienes. Pero antes de que me cuentes nada, me adelanto a decirte que ha llegado a mí la noticia de que te casas.

CARL. Efectivamente; no te han engañado los que te dieron la noticia de la boda. Pero para llegar a realizarla necesito contar con tu ayuda. Vengo a confiarte lo que más quiero en este mundo, Jorge.

JORGE ¿Lo que más quieres? Se trata, entonces, de tu futura esposa.

CARL. No. Se trata de mi hija.

JORGE ¿Qué has dicho? ¿De tu hija? ¿Pero ahora salimos con esas? ¿Tú tienes una hija?

CARL. Sí; en esto tampoco fuí tan amigo tuyo como tú merecías; tuve la cobardía de guardarte el secreto. Tengo una hija de dieciséis años.

JORGE Secreto que has sabido guardar mucho tiempo.

CARL. Verás, Jorge. Yo tuve relaciones con una mujer, y de aquellos amores nació esta niña.

JORGE ¿Acaso la que tu madre tenía recogida en el pueblo?

CARL. Sí, la misma. Sé que puedo contar con la discreción de María como con la tuya; pero contigo quiero ser más sincero.

JORGE ¿Y tu futura esposa está enterada de?...

CARL. No sólo no sabe nada, sino que es imprescindible que siga ignorando, que no sepa jamás.

JORGE Alguna razón existirá.

CARL. Sus costumbres, su manera de ser, su criterio. Luego te hablaré de eso.

JORGE Bien. ¿Y dónde está tu hija?

CARL. Está cerca de aquí.

JORGE ¿Y la madre de tu hija?

CARL. Murió.

JORGE ¿Y no pudiste antes redimirla del mal que le habías hecho?

CAR. Cuando lo quise hacer era demasiado tarde. Más detenidamente te explicaré todo esto.

JORGE Tu conducta me parece extraña; pero en fin, continúa.

CARL. Si te confío este secreto es porque supongo que sabrás disculparlo y comprenderlo. Estoy en un momento muy difícil.

JORGE Sé, porque todo el mundo lo dice, que vas a hacer una boda de conveniencia. ¿Por qué no tienes el valor de tus hechos? ¿Por qué no afrontas cara a cara la situación?

CARL. No insistas, Jorge. No es un consejo lo que quiero de ti. He venido a hablarte de mi hija, porque he confiado siempre en tu bondad para conmigo.

JORGE Amigo tuyo soy de siempre... Sin embargo, estás aún en la plenitud de tu vida; no te faltarán medios de vencer las dificultades económicas. ¿Por qué no consagras a esa hija tu actividad en vez de casarte?

CARL. Yo te aseguro que el matrimonio que voy a hacer no es sólo de conveniencia...

JORGE Entonces...

CARL. Me equivoqué, sin duda, al venir a pedirte un favor.

JORGE Alto allá; solamente he querido hacerte reflexionar; tú siempre fuiste poco reflexivo. ¿Qué es lo que quieres de mí?

CARL. Mi matrimonio es cosa decidida; sin embargo, depende de ti mi resolución definitiva. Yo no me atreví a confesárselo a Isabel... Por otra parte, mi hija está hoy en manos de mis hermanas; necesita otros cuidados; hasta hoy ha vivido alejada del mundo, de la gente...

JORGE En concreto.

CARL. Tú no tienes hijos; María podría ser como una madre para Carmita... Y si tú me lo permitieses..., yo confiaría a vosotros su cuidado, su educación. María acabaría queriéndola como a una hija. Hace un instante hablé con ella de esto y me dió su aprobación. Naturalmente que sólo pretendo dejarla con vosotros una temporada. Más tarde, mi posición económica me permitirá enviarla a un colegio al extranjero. Con el tiempo yo confío que

la que ha de ser mi mujer perdone todo esto... Al fin y al cabo, el que yo haya pensado en vosotros te demuestra lo mucho que os estimo.

JORGE Basta. Comprendo lo que quieres, y veo que sería imposible aceptar lo que me propones. Yo no debo ser cómplice de un engaño. Lo que me pides es irrealizable.

CARL. ¿Ves cómo me había equivocado?

JORGE ¿Dices que ya cuentas con la aprobación de María?...

CARL. Acaba de decírmelo.

JORGE Es extraño ; pero puesto que María lo ha decidido sin contar conmigo, no voy a ser yo quien ponga obstáculos. Pero, eso sí, piénsalo bien : si la traes, desecha la idea de volvértela a llevar.

CARL. ¿Entonces?...

JORGE Tú piénsalo bien, y no creas que soy tan bueno como tú te figuras al contestarte afirmativamente. En esta actitud se envuelve también un egoísmo. Sí ; un egoísmo : mis estudios, mis aficiones envuelven mi vida ; yo tengo una razón de vivir ; pero María, mientras yo sueño, se encuentra sola, aislada. Esto no es justo. Puedes traer a tu hija. Que te sirvan mis palabras para no olvidar que la amistad existe en la vida.

CARL. Gracias, Jorge. Voy a buscarla ahora mismo. Vine con ella en automóvil, paramos en «El Romeral» y allí me espera con el chofer. En un instante estoy de vuelta. *(Sale Carlos. Jorge se queda pensando unos instantes. Llamnado.)* ¡ María ! ¡ María !

MARIA *(Entrando.)* ¿Se fué Carlos?

JORGE Sí ; se fué a buscar a su hija.

MARIA *(Con ansiedad.)* ¿Entonces?...

JORGE El me ha manifestado tus deseos : su hija vivirá con nosotros.

MARIA ¿Has accedido?

JORGE Sí. Pero porque supuse que a ti te complacía. Aun estamos a tiempo.

MARIA Para mí es una alegría inmensa ; no sabes cuánto te lo agradezco.

JORGE ¿Tanto interés tienes tú en ello?

MARIA Interés, no. Sin embargo, me habló antes de una forma que supo convencerme. ¡Me dió tanta pena de ella! Ya sabes que Carlos es algo egoísta; su hija está desamparada; nosotros podríamos...

JORGE No te esfuerces en explicarme, María; a mí me ha dicho que tú querías que viniese, y esto basta.

MARIA ¡Cuánto te admiro, Jorge! ¡Qué bueno eres!

JORGE Me admiras y me llamas bueno. ¡Qué lejos está la admiración y la bondad del cariño y del amor!

MARIA ¿Vas a dudar ahora de mi cariño?

JORGE No, mujer; de tu cariño tengo pruebas suficientes. Pero no en balde pasan los años; me conociste cuando aun era joven y vigoroso, y ahora ya empiezo a declinar. Ya ves, tengo todo el pelo blanco, y siempre que me miro al espejo lo pienso: no estás ya para inspirar pasiones, Jorge; cariño, cariño..., y gracias.

MARIA Ya sabes que eso no es cierto. Tú lo comprendes todo, lo adivinas todo; pero algunas veces te equivocas. Esta vez, no; ahora, sin consultarme, sabías cuáles eran mis deseos y decidiste con Carlos porque presentías mis sentimientos. Estás siempre tan cerca de mí misma, que no me perdonaría nunca el haber sido hipócrita contigo.

JORGE Pero tú no lo fuiste... ¿Qué te pasa?

MARIA Perdóname; sin poderlo remediar, estoy un poco emocionada esperando la llegada de esa niña, que ha de ser como una hija; tú la querrás como a una hija.

JORGE Sí, mujer, sí; la querré como a una hija. ¿No habremos procedido demasiado de ligero, María?

MARIA No.

JORGE Es que nosotros, en el fondo, somos demasiado buenos... Si la muchacha sabe comprendernos acabará haciendo que la tomemos cariño, y un día se irá; si no se la lleva su padre, se la llevará otro hombre ajeno, desconocido, extraño a nosotros. Además, tiene dieciséis años, casi es ya una mujer... En fin, haremos lo posible por educarla a la moderna.

MARIA Sí; haremos con ella una muchacha buena, hacendosa, culta; pero moderna: fuerte, sana...

JORGE Con cuánta pasión me hablas ya. ¡Ay!, María; reconozco que nos traerá alegrías; pero también nos traerá preocupaciones. Yo no sé si habremos procedido de ligero.

MARIA No; y sobre todo lo hacemos con la más sana intención; es un bien, es casi una obra de caridad.

JORGE Cuando tú lo afirmas, será como tú dices; pero el caso es que hace cinco minutos yo era un hombre tranquilo y sosegado; ahora ya me tienes pensando en la educación que tengo que dar a esa chica, que aun no sé cómo es, si es guapa, si es morena, si es rubia...

PEDRO *(Entrando.)* Ya he despachado mi correspondencia. ¿Se marchó Carlos?

JORGE Sí; se fué para volver.

PEDRO ¡Ah!... ¿Volverá? ¿Y se puede saber qué es lo que quería? Porque ése vino a pediros algo; lo conocí en su cara. ¿Se puede saber?

JORGE Sí, hombre, sí; se puede saber. Carlos tiene una hija y piensa traerla aquí, y nosotros hemos accedido a que la traiga. Ya lo sabes.

PEDRO *(Admirándose.)* ¿Una hija? Y piensa traerla aquí, y vosotros la vais a recibir en calidad de...

JORGE En calidad de todo; en calidad de padres adoptivos.

PEDRO ¿Pero seréis capaces?... ¿Vosotros ahora con preocupaciones de este género?

JORGE Sí seremos capaces; ya está decidido. Tú, como eres un egoistón, no lo concibes. Te suplico que no trates de disuadirme.

PEDRO Disuadiros, no; ¡líbreme Dios! Allá vosotros con vuestros caprichos.

CARL. *(Entrando.)* Pasa, pasa, Carmita. *(Entra con Carmita, muchacha de dieciséis años, muy guapa. La trae de la mano, y llevándola al centro de la habitación dice:)* Te voy a presentar. Estos señores serán en lo sucesivo para ti como tus padres; has de vivir con ellos mucho tiempo; ellos, aunque no te conocen, te quieren ya como a una hija. ¿Verdad, María?... ¿Verdad, Jorge?

JORGE Acércate, acércate, pequeña. ¿Cómo te llamas?

CARMI. Carmen ; pero me llaman todos Carmita.

JORGE Eres muy guapa, y eres una mujer ; pero no t ofenderá el que yo te dé un beso, porque soy y un viejo. ¿Te gustará vivir con nosotros?

CARMI. Sí, sí, sí, señor ; papá me dijo que eran ustede muy buenos ; cuando él me ha traído será porqu es lo que más me conviene. Papá me ha asegu rado muchas veces *(A María.)* que usted ser para mí como una madre.

MARIA Como una madre. Déjame que yo también t bese.

JORGE *(Emocionado.)* ¿De modo que tú, pequeña, prefie res quedarte con nosotros que volver otra vez a pueblo, con tus tías?

CARMI. Sí, señor ; cuando así lo ha dispuesto papá... La tías son muy buenas y me quieren mucho ; pero.

JORGE Pero ¿qué? Habla sin miedo.

CARMI. Mi tía Isabel está muy enferma y mi tía Ampar se casará pronto. Además, allí, en el pueblo, n sé..., no me gusta estar ya. Hace mucho tiemp que papá me había prometido traerme con uste des, y yo tenía la ilusión de venir ; pero no s había decidido a traerme hasta hoy ; y me alegı mucho haber venido.

JORGE ¿Y por qué te alegra, vamos a ver?...

CARMI. Por todo. Ustedes parecen muy buenos ; esta cas es muy alegre y muy bonita.

JORGE ¿De modo que hace tiempo que tú abrigabas idea de traerla?

CARL. Sí ; pero hasta hoy nunca me atreví a proponé telo ; ignoraba la decisión que tú ibas a toma

PEDRO Es simpática, es muy simpática la chiquilla, ¿eh Y guapa.

JORGE Ya lo creo. Yo, una vez que la conozco, os confieso : me siento satisfecho de esta decisión. bien ; no hablemos más. Quedaros vosotros aq y vamos nosotros a arreglar otra cuestión q tenemos pendiente. Tú dispondrás, María, dón hemos de instalar a Carmen ; una habitaci donde entre el sol a raudales. Ven aquí, ven aq otra vez, muchacha ; seas bien llegada a es casa, donde tienes, desde este momento, to

nuestro cariño y donde procuraremos que no te falte nada. ¡ Qué ojos más lindos tiene esta criatura ! ¿ Querrás creer, María, que se parecen a los tuyos?

ˇARL. Vamos a tu despacho, Jorge.

ORGE Vamos. *(A don Pedro.)* Pasa, pasa tú también. *(Salen los tres hombres y quedan solas la madre y la hija.)*

ˇARIA ¡ Por fin ! No podía más, hija mía. *(La abraza, la besa y llora.)*

ˇARMI. Mamá, mamá, ¡ qué alegría tan grande !

ˇARIA Calla, calla... Si te oyeran.

ˇARMI. No tengas miedo. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos ; tenía tantas ganas de estar contigo, de verte... Y pensar que ahora voy a poder estar siempre a tu lado. *(Llora.)*

ˇARIA Pero no llores, no llores, hija mía.

ˇARMI. Pero si es de alegría. ¿ Cómo estuviste tanto tiempo sin verme?

ˇARIA Me fué imposible. Tú te has dado cuenta de todo lo que ocurre, ¿ verdad?

ˇARMI. Sí, mamá, de todo ; por mí no te preocupes ; ahora lo único que me importa es pensar si voy a estar siempre contigo. Sé que no puedo decir delante de nadie que eres mi madre ; pero, en cambio, cuando estemos solas, cuando nadie pueda escucharnos, entonces sí que puedo decirte y llamarte mamá.

ˇARIA Pero tendrás cuidado de no descubrir nunca...

ˇARMI. No tengas miedo ; aunque me pregunten, no diré nunca nada que pueda descubrirnos. ¡ Voy a ser más feliz en esta casa ! Parece toda tan alegre, tan simpática... Y don Jorge debe ser muy bueno, ¿ verdad?

ˇARIA Sí, muy bueno ; tanto, que debes quererle como a mí misma.

ˇARMI. Oye, mamá : saldremos siempre juntas, ¿ verdad?

ˇARIA Sí ; siempre.

ˇARMI. Y me llevarás a todas partes.

ˇARIA A todas partes.

ˇARMI. Tengo deseos de vivir, de vivir, porque ya soy una mujer ; quiero dejar de vestir de niña, ¿ sa-

bes?, que me compres muchos trajes; quiero conocer la vida. Es tan bonita..., debe ser tan bonita la vida...; y yo nunca he vivido. Allí, en el pueblo, la vida era triste, horrible. Ahora quiero comprenderlo todo, comprenderlo todo para comprender también lo que te pasa, mamá. *(La besa y llora. Don Pedro ha escuchado las últimas palabras desde el foro.)*

PEDRO ¿Eh?

MARIA *(Volviéndose y dándose cuenta de que don Pedro está en escena.)* ¡Tú! ¿Escuchaste?

PEDRO No; ¿el qué?

MARIA Lo que hablábamos.

PEDRO *(Fingiendo indiferencia.)* No; ¿era, quizá, interesante?

MARIA Nada de eso. A nadie podía interesarle.

PEDRO En ese caso, celebro no haber sido indiscreto; entraba distraído y no escuché ni una sola palabra. Puedes estar tranquila, María. Continuad. *(Coge unos libros que hay en escena, se queda mirando a las dos y, ya en el foro, dice:)* Ni una sola palabra. *(Sale.)*

MARIA Hace un minuto que has llegado, y ya no nos pertenece nuestro secreto. Es preciso que no vuelvas a decir, que no vuelvas a llamarme mamá.

DONC. *(Entrando.)* Señora. *(Dándole una tarjeta.)* Esta señora pregunta por usted.

MARIA ¿Por mí?

DONC. Sí; dice que desea hablar con toda urgencia con la señora.

MARIA Bien; dígale usted que pase. *(A Carmita.)* Permíteme; pasa por aquí; éstas son mis habitaciones; ahora iré yo contigo. *(Sale Carmita; María hace medio mutis, vuelve al centro de la escena y entra Isabel.)* Pase usted, señora; tome usted asiento; y usted me dirá en qué puedo servirla.

ISABEL Pero ¿es posible que no me reconozcas? *(María la contempla, y al fin la reconoce.)*

MARIA ¡Isabel!... ¡Tantos años sin vernos!... *(Se besan.)*

ISABEL ¿Cómo estás? ¿Y tu esposo?

MARIA Ahora le avisaré. Pero qué sorpresa. Cómo había yo de reconocerte, si estás tan cambiada...

ISABEL Los años no pasan en balde.

MARIA Pero si estás mejor que nunca.

ISABEL Más de diez años sin vernos, sin saber de ti.

MARIA Verdaderamente que muchas veces me he acordado.

ISABEL Yo también; y he hablado de ti con mucha frecuencia.

MARIA ¿Con alguna amiga de entonces?

ISABEL No; con un amigo vuestro: con Carlos Sandoval.

MARIA ¿Carlos te conoce?

ISABEL Ya lo creo que me conoce. Cuando te exponga el objeto de esta visita te vas a sorprender. Porque todo debe decirse; no he venido por verte solamente; necesito pedirte un gran favor.

MARIA En lo que yo pueda serte útil, cuenta conmigo; no en balde, cuando éramos compañeras de colegio, fuímos las dos amigas insustituibles. No puedes figurarte lo que me alegra el verte. ¿Te casaste, Isabel?

ISABEL A punto estoy de hacerlo; de eso quería hablarte.

MARIA *(Desconcertada y en tono de conjetura.)* ¿Acaso eres tú la novia de Carlos?

ISABEL Precisamente. ¿Te sorprende?

MARIA Sí; él no me habló de ti. Es extraño...

ISABEL El me ha hablado de ti muchas veces; sin embargo, nunca supuse que se tratase de una amiga de la infancia. Me habló mucho de ti y de tu marido. Carlos quiere que nos casemos a primeros de año. Te advierto que he sabido que eres tú por una verdadera casualidad.

MARIA Somos, en efecto, muy amigos de Carlos; amigos de siempre, de toda la vida. ¿Y cómo descubriste que yo era tu antigua compañera de colegio?

ISABEL Hace pocos días, hojeando un periódico, vi un retrato de tu marido, con motivo de una interviú que le hacían, y en una de las fotografías estabas tú. No puedes figurarte qué alegría me dió. Carlos me dijo, entonces: «Son los amigos de que siempre te hablé: Jorge y María».

MARIA Es extraño. Carlos me habló de su idea de casamiento ; pero no pude ni sospechar que se tratase de ti. Bueno ; me hablaste antes de un favor. Tú dirás.

ISABEL María, yo he venido a tu casa sin que Carlos lo sepa.

MARIA Te advierto que está aquí.

ISABEL ¿Aquí? ¿Cuándo ha venido?

MARIA No hace ni media hora.

ISABEL En ese caso...

MARIA No te preocupes. Está hablando con Jorge. Ahora podemos charlar las dos sin miedo a que nos interrumpan. Dime de qué se trata.

ISABEL María, ya sé que siempre fuiste una amiga leal. Acaban de decirme que Carlos...

MARIA Termina...

ISABEL Que Carlos tiene una hija. ¿Es verdad lo que me han asegurado?

MARIA *(Vacila, sin contestar, y al fin, tras una larga pausa, dice:)* Sí ; en efecto. Eso tengo entendido.

ISABEL Yo no supuse que él pudiese venir tan pronto ; quise adelantarme, y he llegado tarde. ¿Es verdad, también, que piensa traer a esta casa a su hija?

MARIA Isabel...

ISABEL Acaban de enterarme ; nunca falta un confidente que traicione. Les ha faltado tiempo para advertirlo.

MARIA Yo no puedo mentirte, Isabel ; la ha traído ; su hija está aquí.

ISABEL ¿En tu casa?

MARIA En mi casa. Y ahora te ruego, te suplico una cosa : no me preguntes más ; no sabría responderte. Carlos ha tratado de ocultar a su hija ante tus ojos por miedo a que tú no le quieras ; ésta es la verdad.

ISABEL Y vosotros, ¿os habéis prestado a ser sus cómplices?

MARIA No, Isabel ; nosotros nos hemos prestado únicamente a amparar a su hija : él era dueño de decidir. Yo no sabía que se trataba de ti ; ahora,

tú estás en el deber de guardar este secreto que te he confiado.

ISABEL Luego es verdad lo que me dijeron ; luego me engañó él siempre.

MARIA Yo no te he dicho eso.

ISABEL ¡ Cobarde ! Quería mi dinero, buscaba mi dinero ; claro, ahora lo comprendo ; está arruinado, ha perdido toda su fortuna, y ahora quiere salvarse al amparo de mi dinero. Eso no lo hará ; yo te juro que no lo hará.

MARIA Tranquilízate, Isabel ; yo siento haberte dado este disgusto ; serénate.

ISABEL Estoy decidida a poner las cosas en claro cuanto antes, ¿entiendes? Ese cobarde no se burla de mí.

MARIA Vamos, ten calma.

ISABEL Quiero hablar con él ahora mismo. Acompáñame, te lo suplico ; quiero verle cuanto antes.

MARIA Está bien ; pero domina tus nervios ; estás alterada. Después de todo, ni Carlos ni ningún hombre merece que ninguna mujer sufra como tú estás sufriendo.

ISABEL Es que me indigna. Si supieses... ; todo lo hizo para llegar a casarse conmigo. Y yo fuí débil, me dejé engañar por su palabra, a pesar de que todo el mundo me lo había advertido. ¡ No decirme lo de su hija ! Qué bien callado lo tenía... ¿Y por qué la ha traído a tu casa?

MARIA No lo sé por qué ; tal vez porque somos sus mejores amigos. Habla tú con él, que será lo mejor. Pasa, pasa por aquí.

ISABEL Ahora mismo. Cuanto antes, mejor. *(Hacen mutis las dos.)*

CARMI. *(Entrando, ya de casa.)* Ya se fué esa visita. Sí ; no hay nadie... ¡ Qué bonita es esta casa ! ¡ Qué jardín más agradable ! *(Mirando desde la cristalera.)* ¡ Cuántos árboles ! ¡ Cuántas flores !

JORGE *(Entrando.)* ¿Qué haces aquí, pequeña?

CARMI. Contemplando el jardín.

JORGE ¿Te gusta?

CARMI. Mucho ; es muy alegre y muy bonito ; toda la casa debe ser muy preciosa.

JORGE Por ella correrás a tus anchas. Ya verás ; los dos

juntos cuidaremos los rosales y la huerta; ya verás qué bien lo pasamos. ¿Por qué no bajas al jardín y coges unas flores? Acostúmbrate a conocerlo todo, a andar por toda la casa como si fuese tuya. Anda, baja, baja al jardín.

CARMI. Hasta luego, don Jorge.

JORGE Don Jorge... No me suena a mí bien eso de don Jorge; tenemos que inventar una palabra más familiar para que tú me llames. Anda, ve por las flores. *(Mutis de Carmita.)* ¡Diablo de criatura! Es bonita de veras.

PEDRO *(Entrando.)* Jorge...

JORGE ¿Qué?

PEDRO Quisiera hablarte de algo muy importante.

JORGE ¿Cuestiones económicas otra vez?

PEDRO No.

JORGE Ya hablaremos después. Ahora no quiero preocuparme con nada; me encuentro optimista; ahora quiero acariciar otras ilusiones más agradables que los negocios. Hoy estoy de un humor envidiable, y no quiero que nadie pueda turbar esta tranquilidad.

PEDRO Conque... ¿estás muy contento?

JORGE Sí; por lo menos, más contento que de ordinario.

PEDRO En ese caso, renuncio a lo que iba a decirte, Jorge.

JORGE Mejor; eso es mejor.

PEDRO Con tu permiso, voy a dar una vuelta por el pueblo; y si no te molesta, con tu permiso también, voy a ponerme los guantes. Hasta luego, Jorge.

JORGE Hasta luego. *(Pedro se pone los guantes. Jorge habla desde el ventanal con Carmita. Don Pedro hace mutis y cae el*

**TELÓN**

## ACTO SEGUNDO

Despacho de don Jorge, en la misma casa del acto anterior.

*(En escena, Juan Manuel y doncella. Al levantarse el telón entra Juan Manuel por el foro.)*

DONC. Pase usted, pase usted, señorito.

J. MAN. No, no; si hay visita, no paso; ya volveré.

DONC. Pero si es lo mismo, señorito; si tiene usted que decir algo al señor, yo le aviso y se lo dice usted ahora mismo.

J. MAN. No, no; es igual. Es que como aquí no sabe uno cómo matar el tiempo, venía a recoger el libro que me prometió esta mañana; pero se lo pediré luego, más tarde. Es igual.

DONC. Si es igual, como usted quiera, señorito; pero le advierto que la visita tardará poco en marcharse; lleva aquí más de una hora.

J. MAN. ¿Sabe usted quiénes son?

DONC. Lo ignoro, señorito.

J. MAN. Bien; entonces, muchos recuerdos y hasta otro rato. *(En este momento entra Carmita precipitadamente con un ramo de flores. Al salir Juan Manuel tropieza con él y se le cae el ramo. La doncella hace mutis.)*

CARMI. ¡Ay! Usted perdone; no me había fijado.

J. MAN. Es usted quien tiene que perdonar. No se moleste, yo las cogeré. *(Así lo hace.)*

CARMI. Muchas gracias.

J. MAN. Usted me disculpará... Yo salía precipitadamente; al salir entraba usted y, claro, tropezamos sin darnos cuenta.

CARMI. No se preocupe usted; la culpa fué mía.

J. MAN. ¿Es usted vecina de estos señores?

CARMI. Desde hoy vivo en esta casa.

J. MAN. ¿Aquí, en casa de don Jorge? Lo celebro; no sabía yo..., no tenía ninguna noticia. Entonces nos veremos con frecuencia; yo también vivo a dos pasos de aquí. La verdad es que ha sido una casualidad haberla conocido así.

CARMI. Sí, verdaderamente; ha sido una casualidad.

J. MAN. A sus pies, señorita; buenos días.

CARMI. Adiós, buenos días. *(Juan Manuel la contempla unos momentos y, por fin, inicia el mutis; pero al salir, como está mirando a la niña, vuelve a tropezar con don Pedro, que entra.)*

PEDRO ¡Eh, cuidado, cuidado!

J. MAN. Perdone usted don Pedro: no le había visto.

PEDRO Ya lo he notado, ya.

J. MAN. Hasta luego, don Pedro. Ya me he enterado que esta señorita, desde hoy, es vecina mía.

PEDRO Sí, vecina, vecina tuya; pero que conste que tú has venido aquí a estudiar.

J. MAN. Ya hablaremos, don Pedro. *(Mutis.)*

PEDRO *(A Carmita.)* Aquí tienes las flores que yo cogí.

CARMI. Déjelas ahí todas; yo las pondré en un jarrón. Es un ramo precioso, ¿verdad?

PEDRO Precioso, y tú también eres preciosa. Además, eres una muchacha de una simpatía avasalladora. No hace una hora que te conozco y ya me has hecho que me olvide de todo. Cuando bajé me disponía a dar un paseo, y al verte en el jardín se me ocurrió preguntarte que qué hacías.

CARMI. Y yo le respondí a usted que cortar unas flores para adornar la mesa.

PEDRO Exactamente; y yo entonces te contesté que si querías que te ayudase; y aquí me tienes que he desistido de mi paseo; que, además, me he pinchado con las espinas; que he perdido un guante y que he estado en un tris de no caerme en una zanja. Y todo es sugestión de tu simpatía. Oye, Carmita.

CARMI. ¿Qué?

PEDRO *(Después de una pausa.)* Voy a darte un consejo.

CARMI. Usted dirá.

PEDRO Mi hermano es muy bueno, muy bueno; pero

un poco raro; chifladuras..., ¿sabes? Los hombres de ciencia viven siempre un poco apartados de la realidad.

CARMI. A mí me ha parecido muy bueno y muy simpático. *(Después de una pausa, y mirándole fijamente.)* Acaso usted sabe...

PEDRO Yo lo sé todo. Por eso procura ganarte la estimación y el cariño de Jorge. Si él supiese que yo no he de hablarte nunca de algo que mi deber era decirle, me tacharía de mal hermano; pero cada cual tiene sus teorías. Sé que ciertas noticias serían para él una tragedia; ¿por qué no evitarle disgustos? Puedes contar conmigo como aliado tuyo.

CARMI. ¿De verdad?

PEDRO De verdad. Sin embargo, no te des nunca por aludida de que yo sepa nada. Yo no sé nada, ¿comprendes? Yo no sé nada.

CARMI. Yo no quiero macharme de esta casa.

PEDRO Pues ya lo sabes; en todo lo que yo pueda ayudarte, te ayudaré.

CARMI. Muchas gracias. *(Se dispone a hacer mutis.)*

PEDRO ¡Eh! Que te dejas las flores que yo he cogido...; toma. Y ya hablaremos ya hablaremos más detenidamente. *(Hace mutis Carmita; don Pedro se queda contemplándola y por el foro entran don Jorge y Carlos.)*

JORGE Pasa, pasa, Carlos. ¡Ah! ¿Estás tú aquí, viejo egoistón? ¿Qué hacías aquí?

PEDRO ¿Yo? Trabajando.

JORGE ¡Trabajando!...

PEDRO Sí, trabajando, aunque tú no lo creas; cada uno trabaja a su manera, y, con vuestro permiso, voy a continuar trabajando. *(Mutis.)*

JORGE Bien, Carlos; como supongo que ya lo tenemos todo hablado, yo quiero preguntarte una cosa: ¿estás contento conmigo?

CARL. Todos son motivos de agradecimiento, Jorge. Ahora sólo quiero una cosa: que Carmita sepa responder a tus bondades. Espero que así sea, porque mi hija tiene una rara intuición; parece que

presiente las cosas, aparte de que yo he procurado traerla bien aleccionada.

JORGE Bueno ; y entonces, ¿tú vendrás a verla?...

CARL. Sin compromiso, como tú quieras.

JORGE Por mi parte, cuando tú digas.

CARL. Ya que antes me hablaste de que mi hija había de permanecer aquí de un modo definitivo ; como tanto su educación como los demás cuidados que trae consigo el hacerse cargo de una persona en estas circunstancias supone gastos y trastornos, he pensado yo que todos esos gastos deben correr de cuenta mía, y, por lo tanto...

JORGE Basta, Carlos ; no hablemos de dinero ; de eso, ni hablar.

PEDRO *(Que entró antes de decir estas últimas palabras y que se paseaba por el foro, dice aparte)*: Los hay con suerte.

JORGE *(Volviéndose.)* ¿Cómo decías, Pedro?

PEDRO No decía nada ; es que pensaba en voz alta. *(Se sienta en una butaca y ojea un periódico, apartado de ellos.)*

JORGE ¿Y en qué pensabas?

PEDRO Pues... en los cínicos, en los sinvergüenzas, en los buenos, en los malos... ; pensamientos sublimes que me gasto yo para andar por casa.

CARL. Eres más enigmático cada día.

PEDRO Sí ; es que estoy un poco *(Señalándose indicando chifladura.)*; por eso no me hagas mucho caso.

MARIA *(Entrando.)* Pasa, pasa, Isabel.

CARL. *(Con extrañeza.)* ¡ Isabel !

MARIA ¿Te sorprende, verdad? Pues no te sorprenda. Aunque tú lo ignorabas, o por lo menos nada me habías dicho, Isabel y yo somos amigas hace muchos años. Hoy ha venido a verme, y ya lo ves. Coincide su visita con la tuya. *(Presentándoles.)* Mi esposo... El hermano de Jorge... Isabel Gancedo, antigua amiga mía y novia de Carlos.

JORGE Mucho gusto. ¿De modo que María la conoce a usted hace mucho tiempo?

MARIA Mucho tiempo. Figúrate, hemos sido compañeras de pensionado.

JORGE Pues celebro mucho esta circunstancia. Carlos

es un amigo al que todos queremos mucho en esta casa.

MARIA Bueno; ahora con franqueza: Isabel tiene que regresar pronto a Madrid y, según me ha dicho, antes quiere resolver con Carlos unos asuntos. Lo mejor sería que les dejásemos tranquilamente que hablasen los dos

ISABEL ¡Por Dios! De ningún modo.

JORGE Encantado; me parece muy natural; has hecho bien en advertírmelo, María. Acompáñame. *(Coge unos papeles que habrá sobre su mesa.)* En mi biblioteca estoy. He tenido un verdadero honor en saludarla.

ISABEL Mucho gusto.

PEDRO Os acompaño.

MARIA Hasta ahora, Isabel; luego charlaremos nosotras.

PEDRO Señorita...

CARL. Perfectamente. Ahora tú me dirás qué significa todo esto.

ISABEL Quien tiene que explicar lo que significa esto no soy yo, sino tú.

CARL. No puedo comprender por qué has venido. Nunca me dijiste que eras amiga de María; Jorge también se ha sorprendido; si no me aclaras todo esto, acabaré pensando que tu visita no tiene una justificación.

ISABEL ¡Basta de conjeturas y de hipocresías, Carlos! Así no podemos entendernos; ya has mentido bastante. Lo interesante es que María nos haya proporcionado esta ocasión de hablar sin impedimentos. En mi casa tampoco hubiésemos podido celebrar esta entrevista. Ahora es preciso que me hables con la verdad ¡La verdad cuanto antes!

CARL. Te aseguro que no comprendo, Isabel.

ISABEL ¿Por qué me has ocultado que tenías una hija?

CARL. *(Desconcertado.)* Isabel...

ISABEL Responde, ¿por qué me lo has ocultado?

CARL. *(Indeciso.)* Estás nerviosa, excitada... y alcanzo a adivinar quién ha sido el canalla que te ha dicho todo eso.

ISABEL Te he advertido al empezar esta conversación que hemos de hablar sin hipocresías.

CARL. Pero bueno; vamos a ver, ¿qué es lo que te propones?

ISABEL Me propongo no vivir ni un día más engañada. ¿Por qué me has ocultado que tenías una hija? Fíjate que es la segunda y última vez que te lo pregunto.

CARL. Isabel, yo no puedo responderte a esa pregunta sin meditar. Son muchas las cosas que tengo que aclararte antes de contestar a esa pregunta.

ISABEL Quedamos en que esa muchacha que te acompañó hasta esta casa es hija tuya...

CARL. No lo niego, Isabel; no podría negarlo.

ISABEL Entonces dime; responde: ¿por qué no me confesaste todo eso el día que me hablaste de ti y de tu vida pasada? ¿No te acordaste de referirme ese pequeño detalle?

CARL. Isabel...

ISABEL Fué un olvido, ¿verdad?

CARL. Isabel; tú, que has sido comprensiva para todas mis cosas, debes serlo también para esto. No te he hablado nunca de ello por cobardía, por miedo a perderte, por temor a que todo lo que te he ocultado te hiciese pensar de otro modo y terminar conmigo. Ya ves que ahora no miento.

ISABEL ¡Basta! Tu excusa es la peor, la que menos podía disculparte; tu excusa es una vulgaridad. No me lo dijiste por cobardía, por miedo y, en cambio, no te daba miedo, ni remordimiento, ni cobardía cimentar tu vida en un engaño; crear un hogar y ofrecerme tu nombre valiéndote de una ocultación, de una hipocresía; dar lugar a esto, a que yo lo descubra todo y a que siempre, toda la vida, tenga que dudar de ti, puesto que días, meses y años has sabido mentirme a todas horas, sin que yo sospechase ni un instante siquiera.

CARL. Isabel...

ISABEL Y cuando yo te veía preocupado y triste y te preguntaba: «¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?», tú buscabas la excusa de los negocios, de cualquier

mentira. No, Carlos, no ; todo eso no es perdonable, no puede perdonarse.

ARL. Ves, ¿ves como yo tenía razón en temer que lo supieses? ¡No puedes perdonarme!

ABEL No es eso tampoco ; no es eso lo que no puedo perdonar, sino tu hipocresía, tus mentiras, tu falta de lealtad para conmigo.

ARL. Está bien, Isabel ; ¿y si yo te pidiese, por el cariño que creo que me tienes, que me perdonases todo esto?

ABEL Ahora no podía responderte ; ahora es cuando reclamo saber la verdad de todo ; ahora, ya todo lo que antes era fe en ti, se ha transformado en desconfianza. ¿Por qué trajiste aquí a tu hija?

ARL. Por ocultarla ante tus ojos.

SABEL ¿Qué propósito tenías al traerla a esta casa?

ARL. El propósito de que permaneciese aquí algún tiempo hasta que tú supieses la verdad.

SABEL Esperabas a que fuese irremediable todo esto para decirme entonces la verdad, y para que yo. entonces también, tuviese que aceptarlo contra mi voluntad ante los hechos consumados.

ARL. Isabel, no me reproches más ; yo he sido siempre desdichado ; todo me salió mal. Ahora empezaba a ser feliz, a creer que podría serlo, y tenía mucho miedo a perderte. Ahora es preciso que tú me perdones, Isabel.

SABEL Quiero ver a tu hija.

ARL. Ya la verás más tarde ; ahora, ningún interés tengo en evitar que la conozcas ; sin embargo, no es este el momento ni el lugar ; ya iré con ella a tu casa para que la conozcas ; antes es preciso que tu familia sepa...

SABEL No, Carlos ; tu hija no debe permanecer aquí ; un hijo es algo tan grande, tan sagrado, que no debe ocultarse nunca : negar un hijo es negar a Dios.

ARL. Yo no he negado a mi hija ; no hice sino evitarte un disgusto.

SABEL En ese caso, volverás hoy a Madrid con tu hija y allí decidiremos.

ARL. Isabel, debes ser razonable ; yo acabo de traer a

esta casa a mi hija; María y Jorge han accedido a que se quede aquí; ellos no tienen hijos; tú ya conoces a María: acogieron a Carmen con la ilusión, con el cariño de unos padres; no es este el momento de llevármela ni creo que debemos precipitarnos.

ISABEL ¿Y ellos se prestaron a este engaño?

CARL. Ellos ignoraban que fueses tú quien...

ISABEL Basta; cada vez veo más claro tu egoísmo.

CARL. Yo estuve a punto varias veces de decirte la verdad, pero me faltó siempre valor para ello.

ISABEL ¿Y tus amigos se prestaron a hacerse cargo de tu hija? Me parece demasiada generosidad.

CARL. Era también egoísmo; ellos viven solos, sin afectos. Pero ahora no debemos pensar en ello, sino en nosotros. Tú debes perdonarme, Isabel. Por otra parte, si hemos de casarnos pronto, mejor será que dejemos aquí a Carmita hasta que regresemos de nuestro viaje; ahora yo quisiera estar contigo solo, sin que nadie pudiese molestarnos... Debes hacerte cargo.

ISABEL No, no; si tú eres egoísta, yo no soy egoísta; al contrario, yo no podía transigir con todo esto más que de una manera. ¿Tu hija, naturalmente, no tiene madre? *(Mirándole fijamente.)*

CARL. *(Un poco indeciso.)* Naturalmente.

ISABEL *(Mirándole más fijamente.)* La verdad, Carlos, la verdad. No seas cobarde una vez más.

CARL. ¿Por qué había de mentirte? Su madre murió a poco de nacer ella.

ISABEL En ese caso, yo podía ser como una madre para tu hija.

CARL. Isabel...

ISABEL Nada habría de faltarle a nuestro lado.

CARL. Eres muy buena para mí; ya sabía yo que habías de perdonarme.

ISABEL Todavía no.

CARL. Hazlo por ella, ya que no lo hagas por mí.

ISABEL Comprenderás que lo primero es que yo conozca a tu hija.

CARL. Te prometo llevarla cuanto antes.

ISABEL En ese caso...

ARL. Isabel...

SABEL Como tú dijiste antes, este no es el instante de decidir.

ARL. Isabel, perdóname.

SABEL Me has engañado, Carlos, y esto no puedo perdonarlo en este momento; has de hacer tú porque lo olvide; no quiero darte con ello una esperanza; pero ¿por qué me lo negaste? Me da un poco de pena también de ti. Tu cobardía..., tu temor...; no sé ahora..., no sé.

ARL. Isabel..., Isabel...

IARIA *(Entrando.)* ¿Terminasteis de hablar? ¿Os interrumpo?

SABEL Ya hemos hablado suficientemente. Yo ahora vuelvo a Madrid.

IARIA Entonces... *(Contemplando a los dos con curiosidad.)*

SABEL He podido comprobar que eran ciertas todas las noticias que me habías dado. Ahora, si tú me lo permites, María, te agradeceré llames a Carmen; tengo muchos deseos de conocerla.

IARIA *(Desconcertada.)* Entonces..., ¿sabes?

SABEL Todo. *(Carlos mira a María y la hace un gesto como diciéndola que todo lo sabe.)*

IARIA Carmita no sé si estará en el invernadero. Si quieres que baje yo a buscarla...

ARL. Si te parece, yo la llevaré.

SABEL Déjalo entonces; hasta pronto; volveré por aquí.

IARIA Yo también tendré el gusto de visitarte. ¿Quedasteis amigos?

SABEL De momento, amigos.

IARIA Te acompaño, te acompaño hasta el coche.

ARL. ¿Quieres que te acompañe hasta Madrid?

SABEL De ningún modo. Ya nos veremos luego. Adiós, María. *(Salen primero María e Isabel, y después Carlos. Se oye el claxon lejano del coche de Isabel; desde la balaustrada de la galería de cristales, María y Carlos dicen adiós y vuelven a escena.)*

IARIA Carlos...

ARL. María...

IARIA Respóndeme. ¿qué es lo que dijiste?

CARL. En parte, la verdad.
MARIA Supongo...
CARL. De ti no hablamos para nada.
MARIA Entonces...
CARL. Ahora resulta que ella, para demostrarme su cariño, su abnegación y su bondad, quiere llevarse a mi hija, quiere que mi hija viva a nuestro lado.
MARIA *(Enérgica.)* Tú te habrás opuesto tenazmente.
CARL. Claro que me he opuesto; pero me va a ser difícil convencerla.
MARIA Carmita no saldrá de esta casa, no me separaré de ella; tú lo has querido. Me hiciste concebir esta esperanza y ahora así tiene que ser. Podrás comprender todos mis sacrificios; tú me has visto acceder a tanta y tanta mentira con tal de tenerla a mi lado...
CARL. Sí, mujer; si es eso verdad; si yo estaba en la idea de que permaneciese contigo; sin embargo...
MARIA Sin embargo..., ¿qué?
CARL. Me faltarán razones para convencer a Isabel; la bondad de ella llega hasta el perdón.
MARIA Ya lo veo; pero esto no puede ser, no puede ser; estoy decidida; seré capaz de todo, de confesárselo a mi marido antes que separarme de mi hija.
CARL. Calma, María, calma; tú no puedes hacer eso; decírselo a tu marido equivaldría a deshacer tu vida, tu tranquilidad; yo lo arreglaré todo. No quiero causarte ningún daño; al contrario, vive tranquila. Y ahora, con franqueza, yo preferiría marcharme a quedarme a comer. Precisamente por eso quiero ir a Madrid cuanto antes; quiero hablar con Isabel nuevamente, convencerla, disuadirla; es necesario que regrese a Madrid cuanto antes.
MARIA En ese caso...
CARL. Voy a despedirme de tu marido, a disculparme con él por no comer con vosotros. Tranquilízate, María. Yo trataré de arreglar todo, y si es preciso que se sacrifique alguien, seré yo mismo quien se sacrifique.

MARIA Jorge está en su biblioteca.

CARL. Voy a decirle adiós. Ya te comunicaré todo lo que ocurra. Por lo pronto, Carmita se queda aquí.

MARIA Se queda aquí definitivamente.

CARL. Definitivamente. Adiós, María.

MARIA Adiós, Carlos. *(Carlos hace mutis izquierda y entra en escena por el lado opuesto don Pedro. María ha quedado contemplando a Carlos mientras salía, y luego pensativa y preocupada.)*

PEDRO *(Entrando.)* ¿Estás sola? Yo creí que estaba aquí la novia de Carlos.

MARIA Acaba de marcharse.

PEDRO Lo celebro. Y te suplico una cosa : procura que no vuelvan por esta casa.

MARIA Yo quisiera decirte..., quisiera confesarte la verdad ; es preciso que tú y yo hablemos detenidamente.

PEDRO No te molestes, María ; tú y yo no tenemos nada que decirnos.

MARIA ¿Luego sabes?...

PEDRO Me lo imagino todo. Siempre supuse que había en tu vida algo de lo que nunca hablaste a Jorge ; hiciste mal, él no se merecía...

MARIA ¡Calla !... ¡No hables !... Podía oír...

PEDRO Por mí no sabrá nunca nada ; mi deber es callar.

MARIA Gracias.

PEDRO No lo hago por ti, lo hago por él. Mi hermano no se prestaría jamás a un engaño ; te quiere demasiado y no sabría perdonarte.

MARIA Tú sabes que yo también le quiero, que lo he querido siempre.

PEDRO Más de lo que él supone. Lo sé.

MARIA No sabes la tranquilidad que me da el que tú lo creas.

PEDRO María, si me precio de algo, es de ser comprensivo. Os he envidiado siempre. Vuestra vida burguesa, vuestra tranquilidad, era como un reproche a mi conducta, poco seria para mis años. Sin embargo, ahora me convenzo de que yo tenía

razón. Es mejor vivir sin afectos, es mejor n hacer imprescindible el que nos quieran.

MARIA Si tú supieras lo que he sufrido...

PEDRO Me lo figuro. No hay peor castigo para nues tros delitos que la ignorancia de las víctimas qu nos quieren y nos respetan sin mercerlo. Te serenidad, María; ten fuerza de voluntad par llevar hasta el final tu engaño. Al fin y al cabc lo esencial es lo que creemos, no lo que es Jorge es feliz en este instante, cree en tu amoı y mientras él lo crea y nada sepa, ¿por qu desengañarle?

MARIA Es que no sé si sabré seguir mintiendo; si m preguntase, si sospechase él, no sabría engañaı ¡Me humilla tanto esta mentira! ¡Es tan buen tu hermano! *(Casi llorando.)*

PEDRO Pues ese es tu castigo: mentir. La mentira e a veces la perfección de la verdad, y en est caso es obligación, religión, deber. Ahí tienes Carmita; te dejo con ella. Procura mentirle ella también. Tu obligación, María, desde ahor tu castigo debe ser ése: mentir, mentir siempre.. *(Mutis don Pedro. En este momento entra Carmit por el lado opuesto.)*

CARMI. Mamá, ¿qué te sucede?

MARIA ¿Por qué me lo preguntas?

CARMI. Me ha parecido verte triste y preocupada; alg te ocurre que no quieres decirme.

MARIA Sí, en efecto; oye, hija mía

CARMI. ¿Qué?

MARIA Oye. Respóndeme, respóndeme la verdad. Si t padre te propusiese marcharte de aquí, ¿tú no t irías, verdad?

CARMI. Yo no me iría, mamá. Pero papá, ¿por qué m ha de proponer que me marche otra vez?

MARIA Pero tú no te irías, ¿verdad? Tú no te irías d mi lado.

CARMI. Claro que no.

MARIA *(Mirándola fijamente.)* ¿Por nada de este mundo

CARMI. Por nada de este mundo. Pero ¿por qué hemc de pensar en eso? Papá es muy bueno y quieı que esté a tu lado mejor que con nadie.

MARIA Sin embargo, tal vez otras razones le obliguen a pensar de este modo. Pero, en fin, no pensemos ahora en eso. Oye, ¿te gustaría hacer un largo viaje?

CARMI. ¿Un viaje?...

MARIA Sí.

CARMI. Si iba contigo, sí.

MARIA Sí, irías conmigo. Tenemos que hablarle a Jorge y convencerle para que nos lleve a hacer un largo viaje; muy largo... ¿sabes? Iremos a Francia, Inglaterra, Alemania. Un viaje que te servirá para adquirir cultura, para conocer el mundo, para aprender idiomas. Quiero transformarte, hacerte muy elegante, muy distinguida: hacer de ti lo mejor, lo mejor del mundo. Porque lo principal ya está hecho; lo principal eres tú misma..., ¡eres tan bonita! Ya verás, ya verás qué distinta te encuentras cuando te encargue los modelos de París, los últimos modelos. ¿No te ilusiona pensar en un viaje?

CARMI. Mucho, mamá; debe ser precioso viajar. ¡Yo he viajado tan poco!

MARIA *(Acercándose más a ella.)* Nosotros somos ricos, ¿sabes?, muy ricos. Podemos permitirnos todos los lujos. Viviremos en grandes hoteles, donde hay mucha gente, mucho bullicio, donde todo es alegre y confortable. Iremos a todas partes juntos. Tú no tienes idea de la ilusión que me produce pensar en eso... Viajar, correr países y tierras extrañas, llevándote a mi lado; vivir para mí..., vivir para ti; hacer tuyas mis ilusiones y aniñar mi espíritu. Déjame, déjame que te bese; tú no puedes comprender la enorme emoción que experimento al sentirte ahora a mi lado, acariciando tu pelo, besándote... ¡Tantas y tantas noches me acosté acariciándote con el pensamiento, pensando en ti, sin poder hacer a nadie partícipe de mi pensamiento!...

CARMI. Yo también, mamá, he pensado mucho en ti, y muchas veces acababa viéndote, como si en realidad estuviese contigo; recordando las pocas veces que estuvimos juntas, y después me daba mu-

cha pena pensar que no sabía cuándo iba a vol-verte a ver.

JORGE *(Entrando.)* Oye, María ; tenía que decirte... Per ¿qué es eso, qué es lo que te sucede? Tiene los ojos como de haber llorado.

MARIA No ; no he llorado.

JORGE *(Cogiéndole las manos.)* Pero ¿qué te pasa, mu-jer? ¿Qué tienes? Estás temblando.

CARMI. He tenido yo la culpa. Le contaba cosas mías y casi la hice llorar.

JORGE Bien ; ahora me es preciso hablar contigo cuant antes. Sabrás que Carlos ya no come con nos-otros ; acaba de despedirse de mí. Y ahora e preciso que tú y yo hablemos de algo muy im-portante. Ve tú, Carmita, junto a mi hermano.

CARMI. Hasta ahora. *(Mutis izquierda.)*

JORGE Hasta ahora. *(A María.)* ¿Te ha dicho Carlo que su futura esposa está dispuesta a llevarse Carmita?

MARIA Sí. ¿Tú por qué lo sabes?

JORGE Acaba él de comunicármelo, y pienso que es l mejor que puede suceder. Al fin y al cabo, d llevársela, lo mejor es que lo haga ahora.

MARIA ¿Y tú crees que nosotros debemos consentir qu se la lleve? ¿Tú crees que correrá mejor suert al lado de su padre?

JORGE Después de todo, Carlos es su padre.

MARIA Luego ¿te arrepientes de que haya venido?

PEDRO *(Entrando.)* Ahí dejo a Carmita sola. Carlos aca-ba de marcharse. Pero, por lo visto, estabais ha-blando de algo que yo no puedo escuchar.

JORGE No ; precisamente puedes aconsejarnos. Siéntate siéntate un instante.

PEDRO Perdón ; pregúntame lo que quieras, pero de pri-sa ; tengo que hacer. ¿Qué quieres preguntarme?

JORGE Carlos ha encontrado la solución a su problema ; Carlos puede llevarse a su hija otra vez, puesto que su futura esposa está dispuesta a acceder a todo.

PEDRO Lo suponía.

JORGE Ahora yo te pregunto : ¿no es verdad que nos-otros debemos aprobar el que se la lleve? Es

para nosotros una responsabilidad. ¿Tú qué opinas?

PEDRO Yo... Puede que te sorprenda mi contestación: yo opino que no se la lleve; ya que la ha traído, que se quede aquí definitivamente.

JORGE Y tú, hombre egoísta y sin afectos, ¿me aconsejas esto? Tú, que todo lo decides con el cerebro y sin dejar intervenir a los sentimientos, ¿me dices que se quede? No lo comprendo; juraría que aquí todos hemos perdido la razón; no lo comprendo.

PEDRO Yo siento que no lo comprendas; tú me preguntaste mi parecer, y yo te lo he dicho sinceramente. Y ahora, os dejo. Vosotros podéis dilucidar solos. Mi opinión, después de todo, no debe pesar en vosotros. Hasta luego, María; hasta luego, Jorge.

JORGE Oye, Pedro.

PEDRO *(Sin querer oírle.)* Hasta luego.

MARIA Ya lo ves.

JORGE Ya lo veo.

MARIA ¿Pero es que te arrepientes de que haya venido?

JORGE No, mujer, no es que me arrepienta; es que yo soy reflexivo, mientras tú eres vehemente.

MARIA Tu hermano es más razonable. Carmita no quiere separarse de mí, no quiere separarse de nosotros; de eso hablábamos ella y yo cuando entraste. Yo le hacía suponer la posibilidad de una separación, y en sus ojos se reflejaba la contrariedad, la desconfianza; ella ya se había hecho a la idea de estar en esta casa Acabarán por aturdirla entre unos y otros.

JORGE Sin embargo, María, yo, que conozco mi temperamento, prefiero dejar de verla ahora y no después de haberla tomado cariño.

MARIA Todo eso está muy bien; pero si Carmita no quisiera marcharse...

JORGE Entonces, ya veremos lo que decide su padre. Comprenderás, María, que es su padre.

MARIA Su padre, su padre... ¡Siempre su padre! Es preciso que tú me ayudes, Jorge; es preciso que me defiendas contra todo y contra todos, porque

yo quiero..., ¿comprendes?..., quiero que se quede con nosotros. Sé que es muy desgraciada ; sé que necesita mi ayuda y de mi protección. Hace un momento le hablaba de un viaje... Yo quiero hacer de ella lo que había soñado tantas veces, ¿te acuerdas? Sí ; ha sido la preocupación constante de toda mi vida : tener una hija... ¿Te acuerdas cuántas veces te he hablado de ella sin haberla tenido?

JORGE Sí, sí, en efecto ; me hablaste muchas veces de una hija, una hija que existía en tu imaginación, y que en tu imaginación iba creciendo según pasaba el tiempo ; me hablaste siempre de ella ; fué la obsesión de toda tu vida, y mi tristeza, el no haberla tenido, el no haberte dado esa hija que tanto deseabas. Pero, ya que no la tuviste, respeta la voluntad de Dios. Sé razonable, María.

MARIA Pero si ella no quiere ; si su padre tampoco .. tiene un interés decidido ; hace un momento habló conmigo... El no se opone a que se quede aquí.

JORGE De momento, no, por no contrariarte, porque ve la ilusión que ha despertado en ti ; después...

MARIA ¿Pero no ves la alegría que me produce el tenerla a mi lado?

JORGE Sí, sí, lo veo ; y veo... algo más injustificable, algo extraño, que no me atrevo a decir ni a pensar siquiera.

MARIA Dilo ; no me importa ; yo también quiero decirlo. Puede que exista una razón... Si apartases a Carmita de mi lado, créeme, Jorge, harías una infamia ; ¿te enteras?, harías una infamia. *(Llorando.)*

JORGE *(Enérgico y descompuesto, va hacia María, la coge por los brazos y dice :)* ¡ María !, no quieras fingir más. ¡ Carmita es hija tuya !

MARIA Jorge...

JORGE ¡ Es hija tuya !

MARIA Perdón, perdón ; te lo suplico ; perdóname. *(Cae a sus pies llorando.)*

JORGE Dame serenidad, Dios mío. Levántate ; no llores

más ; no quiero, no puedo verte llorar. No te apartarás nunca de tu hija, yo te lo garantizo. En cambio, seré yo quien se marche de aquí para siempre.

MARIA Jorge, Jorge, eso no.

JORGE Suelta, déjame ; no te acerques a mí. No te faltará nada, ¿entiendes?, no te faltará nada ; sólo te faltará mi compañía, y ésa es fácil sustituirla con la de tu hija.

MARIA Ten compasión de mí ; perdóname, Jorge.

JORGE Nada tengo que perdonarte ya. Todo esto es consecuencia de tu pasado, y ya me lo advertiste antes de casarnos ; ya me dijiste un día que había una sombra en tu vida, de la que no me querías hablar, de la que no me podías hablar ; y yo, por delicadeza, por cobardía, por dignidad, por mi confianza excesvia en ti, por falta de experiencia de la vida, no insistí en preguntarte.

MARIA Tienes razón ; yo debí decírtelo, debí decírtelo todo. Pero ahora yo misma he buscado la confesión ; no podía mentirte.

JORGE No ; todo esto es una hipocresía más ; te has confesado ante una sola idea : la del temor de que te arrancasen a tu hija de tu lado.

MARIA No me juzgues así ; me horroriza pensarlo ; tú, que tanto me consideraste ; tú, que nunca me has dirigido un reproche..., no puedo oírte hablar en este tono. Déjame que te diga la verdad.

JORGE No, basta ; no quiero más verdad ; ya sé todo cuanto quería saber.

MARIA ¿Me desprecias?...

JORGE No, mujer ; te compadezco ; me da lástima de ti, de mí mismo ; quisiera que todo lo pasado fuese una pesadilla ; quisiera que esa hija tuya fuese mía, mía, ¿lo oyes?, y no de un cobarde, de un canalla.

MARIA No, no pienses más en eso. Yo me hubiera matado, mil veces me he despreciado y maldecido a mí misma ; pero todo era irremediable. ¡ Si vieras cuántas veces he querido confesártelo !... Cada vez que ha llegado hasta mí tu bondad, me parecía como un castigo.

JORGE Calla, calla..., no me hables ahora de bondad.

MARIA Necesito que lo sepas; necesito que sepas todo mi sacrificio, el sacrificio que hice por ti.

JORGE *(Extrañado.)* Sacrificio, ¿por mí? Pero ¿tendrás el valor, el cinismo, de decir que hiciste un sacrificio por mí?

MARIA Sí, por ti. Durante muchos años he visto a mi hija a escondidas de todos y una y mil veces la he dejado por no abandonarte, por no separarme de ti. ¿Tú sabes lo que hace falta querer a un hombre para llegar hasta este sacrificio? Yo estaba resignada a no tenerla, yo vivía para ti, para hacerte feliz a ti, excluisvamente a ti. Yo nunca había concebido, nunca había acariciado la idea de tenerla a mi lado. Hoy me dejé llevar de ese engaño que había urdido Carlos y lo acepté, ante la idea de tenerla junto a mí. Reconozco que fuí cobarde, reconozco que es una infamia; pero una vez que esta idea ha estado en mí, una vez que durante unas horas, durante unos instantes siquiera he tenido a mi hija aquí dentro de nuestro hogar, ¡no me pidas, no me pidas que me separe de ella; no me lo pidas, porque sería superior a mis fuerzas!

JORGE Tranquilízate; no te lo he pedido; no volverás a oír de mis labios ni un reproche ni una queja; vivirás al lado de tu hija; yo te lo garantizo. Yo haré un viaje solo, ordenaré mis ideas.

MARIA Quiero irme contigo; yo no puedo separarme de ti.

JORGE Eso no puede ser, María.

MARIA Si me quedase aquí con ella, vendría y acabaría llevándosela.

JORGE Eso... yo te respondo que no lo hará; tu hija es tuya y nada más que tuya. Ahora vete, vete; necesito reflexionar solo, necesito estar lejos de tu presencia. Te he querido siempre, te he querido demasiado; has sido la razón de mi vida. Aquí en esta casa te contemplé mil veces y me parecías siempre una mujer única, y ahora, de repente, me obligas a que te vea como la más vulgar y despreciable de las mujeres, porque has sido capaz de

todo. Lo decías antes, que era un sacrificio por mí, no era un sacrificio : era una defensa de tu egoísmo de mujer ; y por ese egoísmo fuiste capaz hasta de renegar de una hija.

MARIA Jorge..., Jorge, ¡calla, calla!

JORGE Es verdad : te prometí no hacerte un reproche más, y he de cumplirlo. ¿Qué es lo que pides, mi perdón? Ya lo tienes. Lo que quieras, todo lo que quieras. Ahora yo no te pido más que una cosa : que me dejes, que te quites de mi vista, que te vayas. Vete, vete de aquí.

MARIA Jorge, Jorge... *(Llorando hace mutis. Don Jorge al quedarse solo cae en una butaca, abatido, y entra en escena don Pedro.)*

PEDRO Jorge ¿qué te sucede, qué es lo que pasa? Pero ¿estás llorando?

JORGE *(Desesperado.)* ¡Me engañó, me engañó! Fué María tan hipócrita, tan mala y tan perversa como todas ; peor que todas.

PEDRO No supo mentirte.

JORGE ¿Qué que dices? ¿Que no supo mentirme? Luego entonces, ¿tú lo sabías? ¿Tú también fuiste cómplice del engaño?

PEDRO Cálmate, Jorge, cálmate. Lo supe hoy ; fuí lógico al callar. Ahora sólo te pido una cosa : que reflexiones, que no te dejes llevar de tu carácter.

JORGE Déjame ; de nada pueden servirme tus consejos estúpidos. Vete, vete tú también ; quiero estar solo, solo conmigo ; es la única manera de vivir en paz : estar solo.

PEDRO Estás bajo el poder de la excitación ; debes serenarte.

CARMI. *(Entra, llamándole.)* Don Pedro. ¿Qué sucede? *(Acercándose más.)* Don Jorge, ¿qué pasa?

JORGE Nada ; no me pasa nada ; no me sucede nada.

CARMI. Sí, sí le sucede a usted ; está usted triste ; tal vez por culpa mía...

JORGE No ; dejadme, dejadme todos ; todo el mundo es hipócrita y falso ; todo cuanto me rodea es traición y engaño y mentira. Vete, vete tú también. ¿No oyes que te vayas?

CARMI. Perdone, don Jorge. Si usted quiere, me iré para siempre.

JORGE No; al contrario; yo no quiero que te vayas para siempre; quiero que te quedes. El que se irá soy yo. Tú, después de todo, ¡qué culpa tienes de nada! Viniste al mundo y el mundo no te concedió los derechos de todo ser nacido legalmente, y ya que estás aquí, yo me río de la legalidad, de las leyes, de los hombres. Ven, acércate; contigo no quiero, no puedo cometer una injusticia. Tienes una sonrisa tan franca, unos ojos tan bellos y diferentes de aquellos en los que yo quería encontrar un parecido. En éstos sí vive la transparencia, la claridad. *(Cogiéndola la cara y mirándola fijamente.)* En éstos no se ocultan miserias, traiciones ni mentiras; sólo brilla la luz de tu inocencia; éstos, éstos son los ojos que yo he amado siempre: los tuyos..., los tuyos. *(Cae llorando.)*.

*(Durante toda esta escena final María, en el foro, en actitud expectante, contempla a Jorge y a su hija; al final no puede contenerse y cae al suelo llorando, mientras don Pedro la consuela. Todo en silencio, sin una frase.)*

**TELÓN**

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

(*En escena, don Pedro, terminando de desayunar.*)

MARIA (*Entrando.*) Buenos días, Pedro.

PEDRO Hola, María ; buenos días.

MARIA ¿Tuviste noticias?

PEDRO No ; ¿y tú?

MARIA Jorge ya no se acuerda más de nosotros ; llevamos más de un mes sin verle. A ti te ha escrito varias veces ; a mí, ni eso.

PEDRO Yo siempre le he hablado de lo mismo ; en mis cartas le he explicado tu conducta, tu ansiedad, tus deseos de verle, de que volviese. La última carta que le envié ya la leiste tú ; no podía ser más convincente ni más sincera.

MARIA Jorge ha decidido no volver.

PEDRO No opino como tú. Jorge es muy bueno ; te quiere demasiado. Por otra parte, tú mereces su perdón. Jorge volverá, María. Este hogar es su vida ; ¡ aquí vivía el pobre tan feliz ! El fué quien me rogó que me quedara, que velase por ti.

MARIA Jorge no puede perdonarme ; me creyó siempre buena, y ahora la realidad le obliga a verme distinta.

PEDRO Vamos, María, es preciso resignarse ; hazlo por tu hija. ¡ La pobre Carmita sufre tanto al verte apenada ! Todo esto pasará, el tiempo lo solucionará todo. No te faltarán ocasiones de demostrarle a Jorge que, en efecto, le quieres. Por otra parte, mi hermano...

MARIA ¿Qué?

GUAR. (*Entrando.*) A la paz de Dios. Buenos días ten-

gan los señores. ¿Ha descansado la señora?

MARIA. Sí, Clementina, sí.

GUAR. ¿Y la señorita?

MARIA No sé. Voy a ver si se ha levantado.

GUAR. Es muy poco madrugadora la señorita.

MARIA Como se queda leyendo por las noches, luego no hay quien la despierte. *(Mutis María.)*

GUAR. Esta carta me ha dado el cartero para usted. Como usted me tiene encargado que se las reservase todas sin que se entere nadie...

PEDRO Gracias. *(Lee la carta, hace un gesto de sorpresa y la guarda.)* ¿De modo que tú eres hija del jardinero?

GUAR. No, señorito; soy la mujer de Matías, el guarda de la finca del Encinar. Cuidamos también la del Sotillo y los pinares de Fuensalada.

PEDRO Bien, mujer; nadie diría que eres la mujer de Matías; pareces hija suya.

GUAR. Sí, señorito; el pobre Matías está muy trabajao, muy envejecío. Lo que pasa, todo el día con los fríos y los calores dando vueltas al Sotillo, y a esto, y a los Pinares...

PEDRO Claro; ¡pobre Matías! Tú, en cambio, estás muy bien, ¿eh? Pero muy bien; muy bien. *(Dándole una palmadita en el hombro.)* Ya lo creo que estás muy bien.

GUAR. Es lo que dice Matías: parece que no somos marido y mujer; tú siempre con ganas de groma, y yo venga a cavilar y andar entristecío con mis cavilaciones. Es lo que él piensa...

PEDRO ¡Pero piensa Matías!

GUAR. Sí, señorito; como está en casa mi cuñao, pues..., lo que ocurre..., me gasta gromas, y nos reímos, y retozamos... Y ya ve usted que es hermano suyo y que el chico es un infelizote, pues no le hace maldita la gracia; y me ha dicho que si sigue gromeando conmigo, que el mejor día le va a dar un estacazo que le esnuza. Y como es tan animal, pues un día lo hace; no quiere ver a nadie gromeando conmigo.

PEDRO Caramba, caramba con Matías.

GUAR. *(Señalando a la cristalera.)* Allí está, místele.

PEDRO Pues ve, ve a su encuentro, que esa es tu obligración.

GUAR. Entonces, hasta más ver, señorito. *(Sale.)*

CRIADO *(Entrando.)* ¿Terminó de desayunar el señorito?

PEDRO Terminé.

CRIADO La señorita está revolviendo todas las cosas del señorito.

PEDRO ¡Qué le vamos a hacer!

CRIADO Usted todo se lo disculpa, señorito.

PEDRO Qué quieres; es tan graciosa, tan alegre...

CRIADO Nos rejuvenece, señorito; nosotros somos ya de otro tiempo.

PEDRO ¿Somos, Esteban? Recuerda que me llevas diez años.

CRIADO Doce, señorito.

PEDRO Bien; retírate.

CRIADO El baño está en su punto. ¿Si quiere usted alguna otra cosa?

PEDRO Acostúmbrate a no decir usted; eso es propio de criados de poco más o menos; tampoco me digas señorito. Se dice: si desea el señor alguna cosa... Es preciso que te precies en lo que vales. Eres un criado de cierto empaque, y cuanto más empaque, más criado, ¿comprendes?

CRIADO Sí, señorito; le comprendo a usted.

PEDRO Pero, hombre, corrígete; se dice señor y no señorito, y se suprime el usted.

CRIADO Perdone el señor; lo de señorito lo decía por rejuvenecerle; para mí siempre será el señor el señorito; le llevo ocho años al señor. *(Confidencial.)* ¿Se acuerda el señor de aquella prima del señor, que era sobrina de la mamá del señor, y que salía con las dos tías del señor?

PEDRO Sí, señor.

CRIADO Bien, señor. ¡Qué guapa era, señor, y qué viejos somos, señor!

PEDRO Te digo que no hables en plural. ¿Me entiendes?

CRIADO *(Azoradísimo.)* Perdón, señor; quise decir qué viejo es el señor; sí, señor.

PEDRO ¡Idiota!

CRIADO Bien, señor. *(Mutis.)*

CARMI. *(Entrando.)* Buenos días, don Pedro.

PEDRO Buenos días, Carmita. Te veo muy guapa y mu sonriente.

CARMI. Estoy contenta con todo menos con una cosa ¿cuándo vendrá don Jorge?

PEDRO Vete a saber.

CARMI. ¿Y no le da a usted pena que no vuelva? A m me parece... ¿Qué sé yo?... Como si fuese y la causa de todo su disgusto. A veces hasta m arrepiento de haber venido.

PEDRO No digas tonterías, criatura; todo se arreglará tú podrás vivir feliz en esta casa.

CARMI. ¿Usted cree que volverá?

PEDRO Desde luego. Y yo me volveré a Madrid de nue vo, que ganas tengo ya de volver a mi vida, mi casino, a mis teatros, a mis cinematógrafos.

CARMI. ¿Y me llevará usted alguna vez?

PEDRO Cuando tú quieras. ¿Sabes tú lo que viste un vie jo como yo lucir a una chiquilla como tú?

CARMI. Pero ¿será usted capaz de llevarme a todas par tes?

PEDRO A todas.

CARMI. ¿Iremos los dos solos?

PEDRO Naturalmente; ¿por qué no?

CARMI. ¿Y no estará mal visto?

PEDRO ¿Tan joven me ves?

CARMI. Allí viene mamá.

PEDRO Entonces, te dejo; estos días no hace más qu hablarme de Jorge a todas horas. ¡Es much tragedia! Tu madre, de un tiempo a esta parte se ha vuelto un melodrama por entregas; y yo.. ¡Y yo soy cardíaco, Carmita; cardíaco! *(Mu tis don Pedro.)*

MARIA *(Entrando.)* ¿No terminas de arreglarte, Car mita?

CARMI. Ahora mismo, mamá.

MARIA Seguimos sin noticias.

CARMI. Todo fué culpa mía.

MARIA No; eso, no. Oye, acércate un instante.

CARMI. ¿Qué, mamá?

MARIA Tengo que reprenderte.

CARMI. ¿Reprenderme; por qué?

MARIA Yo no quisiera que hablases tanto con Juan Ma

nuel; entra con demasiada frecuencia en esta casa, y no está bien.

CARMI. Yo no puedo evitarlo. Es un chico muy amable conmigo; me presta sus libros..., me distrae..., me gusta hablar con él, te lo confieso. No es como los demás. Otros muchachos con quienes yo he hablado alguna vez son tímidos y gastan bromas de mal gusto. El es tan atento, me cuenta tantas cosas...

MARIA Sí, hija mía; pero tú eres aún muy niña y él ya es un hombre.

CARMI. Un hombre, no; es un muchacho; tiene veintidós años.

MARIA Sin embargo...

CARMI. No te disgustes, mamá; haré lo que tú digas; si lo mandas, no le volveré a ver.

MARIA ¿De qué habláis?

CARMI. ¿Que de qué hablamos? Pues de todo; yo le hablo mucho de ti y de mí misma.

MARIA ¿Y él?

CARMI. El se interesa por todas mis cosas. Sin embargo, no llegan a ser confidencias nunca; jamás me ha dicho nada que tú no pudieses escuchar.

MARIA Con franqueza, Carmita: ¿no te ha hecho el amor?

CARMI. No; en broma, quizá. Me trata mitad como niña, mitad como a mujer; pero te vuelvo a repetir que todo lo que él me dice podrías tú escucharlo. Además, yo no tengo secretos para ti.

MARIA En eso haces bien; pero, créeme, no debes verle todos los días.

CARMI. Haré lo que me mandes.

MARIA Voy hasta «Los Alamos»; voy a ver si llega el cartero y trae carta para nosotras. ¿Me acompañas?

CARMI. Yo ahora iré; aún no he terminado de arreglarme.

MARIA Hasta luego, hija mía.

CARMI. Hasta luego, mamá. *(Mutis María.)* ¿Tendrá razón en lo que dice? Pero me da tanta pena decirle que no vuelva.

J. MAN. *(Entrando.)* ¿Se puede, Carmita?

CARMI. ¡Ah! ¿Eres tú, Juan Manuel? Pasa.

J. MAN. Muy temprano, quizá...
CARMI. No.
J. MAN. Daremos un paseo como todos los días.
CARMI. Hoy no va a poder ser.
J. MAN. ¿Por qué?
CARMI. Me han llamado la atención respecto a esto; dicen que no debemos vernos tan a menudo.
J. MAN. ¿Te dijeron eso? No sabes lo que me contraría. Tú sabes de sobra que si yo vengo a verte es porque soy un buen amigo tuyo; porque creía que tenía confianza para hacerlo.
CARMI. Sí; pero no te disgustes; dicen que soy muy niña y que tú eres ya un hombre. Ya ves que tontería. Son ellos los que se encargan de que lo pensemos; yo, hasta ahora, no había pensado más que en que éramos dos grandes amigos y que lo pasábamos muy distraído estando juntos.
J. MAN. Luego, ¿para ti siempre ha sido agradable el que yo te viese?
CARMI. Naturalmente. ¡Qué rabia! Si fuésemos hermanos, no pasaría eso.
J. MAN. Eso es verdad; pero si fuésemos hermanos no podríamos, al correr el tiempo, ser otra cosa más que hermanos. Acuérdate de que ayer me prometiste ser mi novia.
CARMI. Siempre acabas hablando de lo mismo. Yo no entiendo de novios; no quiero tener novio, ¿sabes? Yo soy muy feliz así, pues ¿para qué variar?
J. MAN. Para qué variar, naturalmente; pero siempre no será lo mismo. ¿No te daría pena el dejar de verme para siempre?
CARMI. Para siempre, sí.
J. MAN. Pues ya ves... Yo terminaré mis estudios, me enviarán lejos, pasarán los días, nos escribiremos; pasarán meses, las cartas vendrán de tarde en tarde y acabará nuestra amistad como antes de empezar: sin saber ya nada el uno del otro.
CARMI. Eso lo sentiría. Hace un mes que te conozco y me parece que te conozco de siempre.
J. MAN. Oye, Carmita; déjame que te mire fijamente a los ojos. No sé por qué siempre que te miro

a los ojos los bajas; no te atreves a mirarme fijamente. ¿Por qué?

CARMI. No sé; no me había dado cuenta.

J. MAN. *(Mirándola fijamente y cogiéndola por los brazos.)* Si tú supieras...

CARMI. Si yo supiera, ¿el qué?

J. MAN. No, nada.

CARMI. Algo querías decirme; me ha molestado eso. Te has quedado convencido de que turbo al mirarte. Mírame ahora tú y no bajes la cabeza; ahora soy yo la que está dispuesta a mirarte frente a frente. Así... ¿Lo ves? Te miro con la misma tranquilidad que me miraría a un espejo; ¿lo ves? A ver ahora quién tiene más serenidad. ¿Qué es lo que querías decirme? ¿Tan importante era que me lo tenías que decir mirándome a los ojos?

J. MAN. *(Más turbado que ella.)* No, no tenía nada que decirte; eres muy niña aún para comprender.

CARMI. Muy niña..., muy niña; siempre he de oír lo mismo. Pues no, señor; no soy muy niña; soy ya una mujer y quiero que me hables como hablarías a una mujer, ¿te enteras?

J. MAN. Sí, mujer; no ten enfades; te lo diré. Verás: desde hace varios días, inevitablemente, te veo a todas horas, cuando estoy contigo y cuando no lo estoy, porque el pensar en ti es para mí una obsesión. Sin embargo, hay una idea en mí que ejerce más poder que tú misma, algo que me hace pensar, ¿comprendes? ¿Me comprendes?

CARMI. *(Reflexionando y seria.)* No; no te comprendo.

J. MAN. Ya sabía yo que esto no podías comprenderlo.

CARMI. Pues ya lo ves si te comprendo: quieres decir que me desprecias.

J. MAN. ¿Que te desprecio? Que te desprecio, no; que te respeto. Algún día agradecerás esta actitud mía. Aunque tú no quieras oírlo, te lo tengo que decir una vez más: tú y yo estamos muy lejos el uno del otro.

CARMI. Más parece que quieres convencerte a ti mismo de lo que dices que convencerme a mí;

por eso lo dices en voz alta, para que no se te olvide.

PEDRO (*Entrando.*) Perdonad si interrumpo vuestra conversación. Hola, Juan Manuel, ¿cómo estás?

J. MAN. Bien; ¿y usted, don Pedro?

PEDRO ¡Psch! Vamos pasando; pasando nada más. Vuélvete a tu casa, muchacho, que va a venir María y os va a dar un disgusto. Que ya hemos hablado de esto.

J. MAN. ¿Usted también? Por lo visto es un pecado venir a esta casa.

PEDRO Tú ya me comprendes; tal vez lo sea.

CARMI. (*A don Pedro, que viene con sombrero y guantes.*) ¿Va usted a salir?

PEDRO Sí, hijita; me es imprescindible.

CARMI. ¿Se puede saber dónde va usted?

PEDRO Sí, señora, se puede saber. Me dispongo a bajar a la estación. ¿Está ya satisfecha tu curiosidad?

CARMI. ¿A la estación? Bajaré con usted.

PEDRO Perdonarás que no te lo permita, pero necesito bajar solo; espero ver a una persona que viaja de incógnito.

CARMI. ¿Una conquista?

PEDRO Di, mejor, una reconquista. Os dejo; hasta luego. Y no echéis en olvido lo que os he dicho.

J. MAN. ¿Lo ves, Carmita?

CARMI. No, no lo veo; no es eso lo que tú querías decir antes.

J. MAN. Lo que yo quería decir antes no era nada que te pudiera molestar.

CARMI. Vete, que viene mamá.

J. MAN. Hasta luego, Carmita.

CARMI. Hasta luego.

MARIA (*Entrando antes de que se marche él.*) ¿Qué es eso? ¿Qué hablabais? ¿Por qué se marchaba al verme llegar?

J. MAN. (*Turbado.*) Yo...

MARIA Sí. ¿Es que acaso no puedo escuchar yo lo que habla usted con Carmita?

J. MAN. Para mí hubiese sido una satisfacción que me hubiese escuchado. Me separaba de ella, al ver-

la llegar, por no contrariarla a usted, María. Hace unos instantes me comunicaba Carmita su deseo de que yo frecuentase menos esta casa, y empezaba a obedecer.

MARIA *(Dulcemente.)* No lo tome usted en mal sentido. Carmita es aún muy niña ; yo tengo el deber de velar por ella ; usted tiene que dedicar el tiempo a sus estudios ; discúlpeme y no se moleste ; usted ya sabe que en esta casa todos le queremos.

J. MAN. Comprendido, María. A sus pies. Hasta luego, Carmita.

CARMI. Hasta luego. *(Queda triste. María, indecisa, y entra la doncella.)*

DONC. Señora...

MARIA ¿Quién?

DONC. El señorito Carlos acaba de llegar.

MARIA El señorito Carlos... Diga usted que no estoy ; dígale usted que yo no puedo recibirle. Si quiere ver a la señorita, hágale pasar aquí. Tú, permíteme que me aparte un instante de tu lado ; razones que no ignoras me obligan a ello.

CARMI. Mamá...

MARIA Silencio... *(Sale.)*

DONC. Tenga la bondad de pasar.

CARL. *(Entrando.)* ¡ Carmita ! *(Abrazándola.)* Deja que te bese. ¡ Tanto tiempo sin verte ! *(A la doncella.)* Diga usted a la señora que me es imprescindible hablar con ella inmediatamente.

DONC. La señora está algo indispuesta y por eso no ha salido a recibirle.

CARL. Comuníquele lo que le he dicho porque es necesario que hablemos un momento. *(Deja un abrigo de viaje y un sombrero sobre la mesa y se va hacia su hija.)* Tú, ven aquí, ven aquí ; déjame que te contemple. No me ha sido posible venir antes a verte ; pero ahora no me separaré de ti.

CARMI. ¿Cómo?

CARL. Ya te explicaré luego. Estás muy bien, pareces ya una mujer, tienes muy buen color, muy buen aspecto. ¿Estás contenta?

CARMI. Muy contenta; soy muy feliz aquí; mamá e muy buena y me quiere mucho; no sabe qu hacer conmigo.

CARL. Mucho me alegra todo eso; pero ahora vamos tener que pensar en tu porvenir. Esto es alg importante.

CARMI. ¿En mi porvenir? No pensaste en mi porveni cuando me trajiste aquí.

CARL. Sí; pero...

CARMI. Mamá ya se preocupará de mi porvenir.

CARL. Sí; pero no estaría de más que yo interviniese en lo sucesivo.

CARMI. *(Indecisa.)* Habla con mamá si ese es tu propósito.

CARL. *(Mirándola con un poco de extrañeza.)* No creí yo que te hubieras adaptado tan pronto á las costumbres de esta casa.

CARMI. Desde el primer día me pareció la mía; pero no te enfades, no creas que por eso me he olvidado de ti. Muchas veces lo he pensado: papá antes me veía con más frecuencia; pero cuando no viene será porque no debe o no puede venir. Al fin y al cabo, el estar con mamá me compensa.

CARL. Entonces, ¿prefieres estar siempre con ella?

CARMI. Tienes que ser razonable, papá; ella me necesita más que tú, yo alegro su vida. ¡Si vieras con qué ilusión se interesa por todo lo mío! Ella me hace los trajes, me toma las lecciones, ha consagrado su vida a mí. Tú, en cambio, tienes muchas cosas en que pensar. Además, tú eres hombre, entras y sales cuando quieres; ella está sola. Ahora más sola que antes.

CARL. Pues lo lamento; pero durante una temporada va a ser preciso que tú vengas conmigo.

CARMI. ¿Contigo?

CARL. Conmigo, sí.

MARIA *(Entrando.)* Me han dicho que deseabas verme. Tú dirás.

CARL. Carmita, te suplico que nos dejes solos.

CARMI. Bueno, papá.

CARL. Adiós, mujer; luego hablaré contigo.

CARMI. Cuando tú quieras. *(Mutis.)*

MARIA ¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de nosotras?

CARL. Se trata de Carmen.

MARIA ¿Qué quieres de ella?

CARL. Llevármela.

MARIA Eso no puede ser.

CARL. Eso va a ser imprescindible.

MARIA Yo te respondo que no será. La defenderé con todas mis fuerzas, con toda mi energía; haré cuanto sea preciso, recurriré a todos los medios; pero mi hija no sale de esta casa.

CARL. ¿Has terminado?

MARIA He terminado.

CARL. *(Conteniendo su ira.)* ¿Es esa tu última palabra?

MARIA Mi última palabra. ¿Ignoras acaso que Jorge lo sabe todo?

CARL. Lo sé; no lo ignoro.

MARIA ¿Y tuviste el cinismo de venir hasta aquí? ¿Te atreviste a venir?

CARL. Sé que él no vive en esta casa; me pareció que éste era el momento más oportuno y por eso he venido.

MARIA Eres un cobarde, un cobarde.

CARL. *(Sin inmutarse.)* Seré todo lo que tú quieras, pero lo cierto es que..

MARIA ¿Qué?

CARL. Que vengo dispuesto a que Carmita me acompañe.

MARIA ¿Estás loco? Para eso sería preciso que yo lo consintiera.

CARL. Lo haré sin tu consentimiento. Pero espero que serás razonable tanto como lo fuí yo el día que la traje a esta casa y la confié a tus cuidados.

MARIA La dejaste para ocultarla como un pecado.

CARL. *(Mirándola fijamente.)* Fué tu misma cobardía durante catorce años.

MARIA Basta; pídeme lo que quieras; pero no intentes eso.

CARL. Dentro de algún tiempo volverá contigo.

MARIA No, eso, no; de aquí no te la llevas.

CARL. Vamos, serénate, mujer. No vengo a quitártela; si me dejas hablar, te explicaré. Vengo a que me la dejes por una temporada.

MARIA No hallarás razones para convencerme. ¿No ves que ya no te temo? ¿No ves que ya no me importan tus amenazas? El lo sabe, ¿comprendes? Por quien yo he callado siempre ha sido por él; por quien yo he transigido por todo, ha sido por él. Ahora, ya, ni él mi importaría ante mi hija. No vas a conseguir llevártela de aquí.

CARL. Escúchame; no te exaltes. Comprendo y disculpo tus arrebatos.

MARIA Es defensa de mis derechos. Tú no te das cuenta de que has destrozado mi felicidad.

CARL. Como quieras, mujer; pero escúchame: faltan seis días para que se efectúe mi boda. Ya conoces a Isabel; su carácter es nervioso, vehemente; ella ignora que tú seas la madre de Carmen; yo no he querido decírselo, no se lo diré nunca. Isabel es demasiado buena, ha sabido perdonar; pero me ha puesto una condición, condición que para ella es un sacrificio; me pide que lleve a mi hija con nosotros. Yo no encuentro una excusa para oponerme; quiero corresponder a la generosidad con que ella ha perdonado todas mis flaquezas; quiero...

MARIA Quieres casarte para hacer desdichada a una mujer y para disfrutar de su dinero. Es inútil cuanto me digas, Carlos.

CARL. En ese caso...

MARIA ¿Qué?

CARL. Me voy a ver precisado a emplear otros procedimientos.

MARIA ¿Qué quieres decir?

CARL. Quiero decir que mi hija es mía; que estoy dispuesto a que la ley me ampare, porque para eso la reconocí como mía. Me la llevaré o la reclamaré judicialmente; haré lo que sea preciso. Ya lo sabes, María.

MARIA Eso no lo harás; te faltará valor para hacerlo. Todos estos años los pasé dominada por este secreto que aumentaba mi culpa. Días y días tem-

blaba ante la idea de decírselo a Jorge. Le miraba, le miraba pensando: hoy se lo diré todo; dejaré de ser cobarde, hipócrita; dejaré de estar lejos de mi hija. Y fué ella, ella misma, quien logró que la verdad saliese de mis ojos, de mi alma, de mis labios después. ¡El lo sabe! ¿Tú no comprendes que estas palabras encierran todo un mundo? Ya soy otra; ya no temo a nadie. El mundo era él, él la opinión, él todo. Si él no me ha matado, ¿qué puedo ya temer?, ¿qué me puedes importar tú?

CARL. María, calla.

MARIA No. ¿Qué me puedes importar tú, que fuiste quien destrozó mi vida; quien no quiso dignificarme; quien valiéndose de engaños me perdió cuando todavía era una niña?

CARL. Calla; pueden oírte.

MARIA No me importa, no; que me oigan. Lo único, ¿entiendes?, lo único que me importa en la vida es mi hija. La sacrifiqué durante mucho tiempo a prejuicios y temores, a cobardías y egoísmos; me uní a Jorge porque era rico (tú me ayudaste a seguir ocultando a Carmen); pero después me he dado cuenta de dos cosas que quiero que no ignores: primera, que quiero a Jorge, que quince años de vivir en esta casa junto a él me han dado lugar a conocer su alma, a admirar su sabiduría, a comprender que hoy soy reflejo suyo, moldeada por él, y quiero que ahora que nadie nos oye lo oigas tú. Es el único honor que puedo hacer a él; pero puede que sea el mayor honor. Tú fuiste mi amante; él mi esposo. Me uní a él por egoísmo; a ti por cariño. Ya ves, ya ves que contradicciones: quererle a él y a ti odiarte. ¡Ah! Al decírtelo parece que me oye Dios, que me oye mi conciencia.

CARL. María...

MARIA Algo más quería decirte. Quería decirte que cuando la naturaleza da un hijo a una mujer, el hijo es siembre fruto bendito, sea de padre, de amante o de todos; porque el hijo es el amor

mismo, fruto de una semilla; pero que al germinar, ya es honor de nuestra carne, flor de nuestra naturaleza, ley de Dios, ley de vida. Y aunque tarde, comprendo que el negar a los hijos es la mayor vileza, el crimen más cobarde, la única y verdadera prostitución.

CARL. Sí; pero Carmita es mi hija; desde que entró en tu casa te olvidaste de eso.

MARIA Poco te importó que lo fuese cuando aquí la trajiste. Entonces no te dolía el abandonarla; entonces sólo te importaba tu boda de conveniencia. Hoy, como siempre, tu egoísmo no tiene límites.

CARL. No quiero oírte; calla.

MARIA No, no callaré; si es preciso, yo misma le diré a Isabel hasta dónde ha llegado tu infamia.

CARL. María...

MARIA Ella querrá sin duda sentar plaza de piadosa, de caritativa. ¡Ya ves qué caridad: arrancar a una hija de los brazos de su madre! Dile la verdad, si quieres; no me importa que la sepa.

CARMI. *(Entrando.)* Mamá, ¿qué te pasa? ¿Por qué gritabais? ¿Por qué lloras? *(Se abrazan.)*

CARL. Porque se opone a que vengas conmigo. *(Quitando a Carmita de su madre.)* Necesito que vengas a Madrid; quiero presentarte a una señora que, aunque no te conoce, te quiere ya sin conocerte.

CARMI. En eso, lo que mamá disponga.

MARIA No irás; no te separarás de mí.

CARMI. Ya lo oyes, papá; no quiere que me vaya de su lado. Mamá es muy buena; tú mismo lo dijiste una y mil veces. ¿Por qué la haces sufrir?

MARIA No eres digno ni del cariño de tu hjia.

CARL. *(Muy nervioso.)* Es preciso que me acompañe, ¿lo oyes? Es preciso que hoy vengas conmigo. Lo exijo porque debo exigirlo. Prometí llevarte; va en ello mi palabra y he de cumplirla, pese a quien pese. *(Entran Don Jorge y Pedro, con abrigo, sombrero y un maletín, que tira al escuchar las últimas palabras de Carlos.)*

JORGE ¡Yo lo impediré! ¡No saldrá de esta casa si su madre no quiere!

CARL. ¡Jorge!

JORGE Sí, yo; yo, que presentía que hacía falta en esta casa. ¿Qué te creías? ¿Que no estaba advertido de todo? Luchabas contra la voluntad de dos mujeres indefensas. Yo podía perdonarla o no; pero dejarla desamparada, eso nunca. Ya tienes quien defienda sus razones.

CARL. Jorge, yo te aseguro...

JORGE ¡Calla! Carmita se queda aquí, porque la ternura y el cariño de su madre se lo piden así; tú quieres llevártela para defender un capital que se te escapa de las manos. Pero la hija que un día juzgaste estorbo para tus planes y que ocultaste en esta casa burlándote de mí, ya no te la concedo, ya no tienes derecho a llevártela.

CARL. Es mi hija.

JORGE Pero está con su madre, ¿entiendes? Con su madre en esta casa mía, purificada por mi bondad, que me enorgullece más que mi honor, ¡que honor y bondad jamás pueden ser enemigos!

CARL. Digas lo que digas, me la llevaré.

JORGE Carmita no saldrá de esta casa porque yo no lo quiero, ¿lo oyes? ¡Porque yo no lo quiero!

CARL. La ley me ampara. Es mi hija.

JORGE Y tú eres un cobarde y un canalla. *(Avanza hacia él y su hermano le detiene.)*

PEDRO ¡Jorge, Jorge!

MARIA No eres tú, Jorge, quien debe evitarlo, sino yo. Me basto yo sola para que no lo haga. *(Con fiereza.)* Aquí está, en mis brazos. Si eres capaz de arrancarla de ellos, hazlo, ¡cobarde!

CARL. No tengo por qué temer a tus amenazas.

JORGE *(Exaltadísimo.)* Sal de esta casa. Tu hija se queda aquí. Y si le hace falta un padre que la defienda, yo se lo daré.

CARL. ¿Para qué discutir? Las cosas no se arreglan con la violencia. Buenas tardes. *(Mutis foro izquierda.)*

MARIA Vendrá por ella.

PEDRO No.

MARIA Sí, vendrá por ella. Es demasiado egoísta; sabe

que puede reclamarla y, con tal de hacer su capricho, vendrá por ella.

PEDRO Yo te respondo que no vendrá. Sin contar con vosotros he intervenido. Ayer, en Madrid, vi a Carlos. Me aseguró que vendría por Carmen. Y como el único motivo que le impulsaba a llevársela era el deseo de Isabel, me decidí a poner en práctica el único procedimiento que había para que no se la llevara: hablé con ella y le dije... la verdad.

MARÍA ¡Cómo! ¿Le has dicho?...

PEDRO Perdóname, María, si hice uso de tu secreto; pero al llamar a Jorge—porque Jorge vino llamado por mí—se me ocurrió la idea de hablar con ella, y he conseguido que Carmita se quede a tu lado para siempre.

MARIA ¿De verdad? ¿De verdad para siempre? ¡Hija, hija mía! *(Llora.)*

JORGE ¡Ya eres feliz, María!

MARIA Feliz, no; feliz ya no seré nunca. Perdóname, Jorge. Yo te juro que te he querido siempre como no quise a nadie. ¡Mírame! ¡No me desprecies! ¡No te marches de aquí Yo te pido que me perdones. He sufrido mucho, ¡mucho! ¡No te marches!

JORGE Sí, me marcho. Déjame.

CARMI. Don Jorge, quédese; ¡quédese con nosotras!

JORGE ¿Tú quieres que me quede?

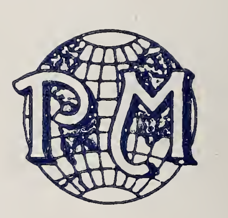
CARMI. Sí.

JORGE ¿De verdad lo quieres?

CARMI. *(Mirando a María, que llora silenciosamente.)* Sí.

JORGE Pues bien; ¿para qué engañaros? Por mucho que quisiera buscar un consuelo, una felicidad a mis años, no encontraría mejor cariño que el vuestro. Ven aquí, Carmita; deja que te estreche en mis brazos. Y desde hoy no me llames don Jorge; desde hoy llámame padre, si no te molesta llamármelo. ¡Padre! Que mientras yo me lo crea, ¡seré tu padre! ¡Tu verdadero padre!

**TELÓN**


PM